

HIPOCRATES

A FORISMOS

EDITORIAL KIER



Hipócrates.



11490

~~# 888~~
BIBLIOTECA ESCUELA DE ENFERMERIA

"CARLOS VAN BUREN"

ESTÉ LIBRO PERTENECE A LA MATERIA

Filosofía-Ciencia

REGISTRADO EN EL INVENTARIO BAJO LA

LETRA *Y* Y N. *8.*

A FORISMOS

aforismos

H 667
1945
107

HIPÓCRATES

A FORISMOS

Traducción de la versión directa griega del

Dr. CH. DAREMBERG

por el

Dr. ESTANISLAO LLUESMA -URANGA

Académico C. de la Nacional de Medicina
de Madrid

CENTRAL DE
PUBLICACIONES
Monjitas 691
TELEF 33952
SANTIAGO

LIBRO DE EDICION ARGENTINA
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Copyright by EDITORIAL SCHAPIRE
IMPRESO EN LA ARGENTINA — PRINTED IN ARGENTINE

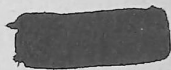
EDITORIAL KIER

BUENOS AIRES — REPÚBLICA ARGENTINA

MÉXICO, D. F.

RÍO DE JANEIRO

Am. 11490



Rosita

05.4.1942 - Origen desconocido Fo 15. -

INTRODUCCIÓN



Hipócrates es sin disputa uno de los más altos espíritus y de los más distinguidos escritores de la antigüedad. Hoy sus obras, luego de haber alcanzado el extraordinario privilegio de sostener e interesar, a despecho del paso de los siglos, la atención de los espíritus cultos de todas las épocas y de suscitar todavía tanto admiraciones entusiastas como apasionados ataques y controversias, por parte de un sinfin de comentaristas y exégetas, que aumentan cada día su cortejo triunfal, mantienen aún pasajes oscuros, a la vez que nociones precisas y preciosas, cuyo desarrollo e investigación, sigue constituyendo un prístino y permanente motivo de regocijo y de íntimo placer espiritual.

Una característica del genio antiguo fué, sin duda, este arte peculiar de conservar en unión profunda la ciencia práctica y la filosofía especulativa, sin separar jamás el estudio del hombre de la investigación del Universo. Hipócrates es, en este sentido, uno de los caracteres más definidos; jamás se sabe si es más filósofo que médico, dentro de la superior jerarquía que en ambas disciplinas supiera

alcanzar; en la luz limpiísima que irradia de todos sus escritos no se sabe qué admirar más, si la extensión verdaderamente enciclopédica de sus conocimientos o la precisión y profundidad de sus observaciones. Como todos los grandes hombres de su tiempo, Hipócrates supo comprender con una sorprendente exactitud la correlación e interdependencia de las ciencias, cuyas relatividades no podrían imputarse a su calidad verdaderamente genial, sino a las limitaciones inevitables del conocer, en aquellas remotas horas de la historia de la Humanidad. Ese concepto de las cosas en conjunto, se encuentra invariablemente en todas y cada una de sus obras. Su Biología comprende todo lo entonces accesible, llegando por una especie de maravillosa intuición, a rebasar incluso gran número de nociones, necesariamente falsas o insuficientes.

Hipócrates alcanzó ya en vida los pódicos de su gloria. Sus más ilustres contemporáneos, como Platón y Sócrates, invocan su autoridad, envían a su escuela a aquellos que querían ser verdaderos médicos, y llegan a elevarlo a un nivel paralelo al de Policleto, Fidias y todos los grandes hombres de aquel momento verdaderamente estelar de la Hélade. Cuando el gran Ctesias, historiador y médico, de la familia de los Asclepiades — a la que también pertenecía Hipócrates — y Jefe de la escuela rival, de Cnido, lo combate y critica, especialmente a propósito de

algunas de sus audaces prácticas quirúrgicas, no puede por menos de elogiarlo al mismo tiempo.

Hipócrates nació en la isla de Cos, cuya escuela fundó y dirigió, alrededor del año 460 antes de J. C. y murió en Larisa, el año 375 o 370 antes de J. C. alcanzando así una vida tan dilatada como provechosa.

Apenas había trascurrido un siglo desde la muerte de este hombre extraordinario, cuando ya su fama había borrado a la de todos sus contemporáneos; con todo, numerosos escritos de aquellos autores e incluso de los de algunos predecesores y de otros que inmediatamente lo sucedieron, llegaron a Alejandría mezclados con sus propias obras y aun incluídos como tales. Es probable por otra parte que esta confusión se realizara lejos de la época de los Ptolomeos, ya que los primeros comentaristas de Alejandría no parecen haber sabido distinguir los verdaderos de los falsos escritos de Hipócrates.

Hipócrates vivió pues en el gran siglo de Pericles, fué contemporáneo de las guerras del Peloponeso y realizó numerosos y extensos viajes, observando y enseñando siempre y elevando su rivalidad con los médicos de la escuela de Cnido hasta las más altas y nobles latitudes de la polémica constructiva.

Los autores antiguos, no conformes con adornar el perfil de Hipócrates con los atributos de padre y príncipe de la Medicina, se complacieron en recargar los hechos incontestables de la historia, con relatos y anécdotas de leyenda y fantasía, transformando el personaje en un héroe novelesco.

La leyenda de Hipócrates ha llegado así a ser hoy uno de los temas más difíciles y más interesantes para la crítica. En esta, como en todas las leyendas, hay una parte falsa y otra verdadera. La parte verdadera, o, por mejor decir, verosímil, se compone de relatos que si bien es cierto que nadie contradice, nadie apoya en realidad, fuera de la palabra más o menos sospechosa de antiguos narradores, que ni siquiera fueron históricamente contemporáneos del sabio de Cos.

Existen diversas vidas de Hipócrates. La más antigua, pertenece a autor desconocido, según el testimonio de Soranus. A pesar de todo, las dificultades empiezan ya aquí, dado que son varios los médicos de este nombre. Probablemente se trata de Sorano de Éfeso, autor de las "Vidas, Sectas y Obras de los Médicos", donde otro de igual nombre, Sorano, de Cos, aparece citado dos veces, aparte de Histomaco, Ario, Tarso, Andreo de Caristo, Eratosteno, Ferrecidio, Apollodoro, y varios más, casi desconocidos y to-

dos de épocas más o menos distantes de los hechos que refieren.

A las fuentes que dan estos diversos biógrafos y cronógrafos, hay que añadir las "Cartas", con otros documentos anexos a las obras hipocráticas, la mayor parte de los cuales se consideran apócrifos.

Ese biógrafo anónimo emplea reiteradamente los "a decir de . . . , según . . . , de acuerdo a los relatos . . . , etc.", con lo que su postura se hace por demás cómoda y convencional, dejando al lector una sensación de duda y de desconfianza. Las biografías referidas por Tsetzés, por los Suidas y por los Árabes, entretanto, se han nutrido inequívocamente en las fuentes del medio misterioso Sorano, con todas las paráfrasis, condensaciones y giros retóricos, propios de las respectivas escuelas.

La leyenda de Hipócrates es semejante a la de casi todos los grandes hombres, un tanto alejados en el tiempo: lo maravilloso abarca sin solución de continuidad desde el nacimiento hasta la muerte; todos los hechos son extraordinarios; todas las cualidades espirituales, virtudes; y la misma muerte, una exaltación faústica y mítica de gloria y de florecidos prodigios.

Hipócrates desciende directamente de los dioses; sus orígenes paternos parten del divino Esculapio, remontándose los maternos hasta el mismo Hércules. Entre sus an-

tepasados hay varios reyes y sus maestros han sido: su abuelo, también llamado Hipócrates — o Hipócrates I —, su padre Heráclito, Heródico de Selimbria, Pródico de Cos — discípulo a su vez de Protágoras — y Gorgias de Leontio, a los que puede añadirse el gran Demócrito, al que, a petición de los abderitas, curó de la locura.

Hipócrates mantuvo correspondencia con numerosos potentados, poderosos y reyes de la tierra, con filósofos y artistas. Los ministros de Artajerjes, Demágeto, Demetrio, Filopemón, Dionisio, Demócrito y los mismos Platón y Aristóteles, se apresuraron y honraron en contestarle.

Hipócrates se ausentó de su patria siendo aun muy joven, obedeciendo la orden de un sueño, o huyendo, según los infaltables calumniadores, después de haber incendiado la biblioteca de Cos o de Cnido. Los más razonables creen que ello obedeció sencillamente a seguir la costumbre en uso, de los médicos periodeutas, ya que, indudablemente, el escenario de la pequeña isla de Cos debía ser marco harto reducido para su genio.

Acompañado de Euripión de Cnido, su rival en gloria y en doctrinas, fué a tratar al hermano de Alejandro I, Perdicas, de una grave y misteriosa dolencia a que lo había llevado un desesperado amor, siendo curioso que esta misma anécdota haya sido referida a Erasistrato y a Avicenna, por los árabes, que no querían sin duda quedarse atrás

en la consecución de las grandes curaciones atribuidas a los griegos.

Empédocles había detenido una peste, colocando grandes pieles atravesadas, cerrando los pasos y las gargantas de las montañas a los vientos cargados de miasmas, en cuya conmemoración el pueblo de Agrigento hizo acuñar medallas, que luego se han encontrado. Acrón repitió este milagro haciendo encender hogueras en las plazas públicas . . . ¿Cómo no iba a conseguir Hipócrates algo tanto o más sensacional?

La peste hacía estragos en Ulyria, Peonia y otros pequeños estados bárbaros y los reyes de estas naciones enviaron emisarios rogando el concurso de Hipócrates. Pero éste, enterado por las conversaciones con aquellos embajadores, de la dirección de los vientos dominantes en sus países, predijo que la peste vendría y asolaría a Atenas y se rehusó a partir, reservándose para servir a su patria. Según el “Decreto a los atenienses” y el “Discurso a los tesalios”, Hipócrates envió por delante a su hijo y a su yerno, llegando él mismo, finalmente, a Grecia y a su capital, Atenas, luego de atravesar la Tesalia, Beocia y Fócida.

Aecio cuenta que Hipócrates dominó la peste de Atenas, haciendo encender grandes hogueras por toda la ciudad y colgando por todas partes grandes ramos de flores olorosas. Un manuscrito latino de la Biblioteca Nacional

de París (nº 7028), más preciso, refiere que cuando Hipócrates llegó a Atenas, se dió cuenta que ningún herrero, fundidor, ni ninguno de los que trabajaban junto al fuego, sufrían la enfermedad pestilencial, de lo que dedujo que había que purificar a la ciudad entera con el fuego. Cuando la plaga fué dominada, los atenienses elevaron una gran estatua de hierro, con la inscripción:

A Hipócrates

Nuestro salvador y bienhechor.

La fama de estos éxitos debió extenderse rápidamente, al extremo que Artajerjes, el poderoso rey persa, creyéndose acaso más afortunado que los pequeños monarcas de Ilyria y Peonia, envió una fantástica embajada a Hipócrates, cargada de ricos presentes, rogándole que fuera hasta sus dominios. Pero Hipócrates se negó y por más que su decisión haya sido casi por igual criticada y alabada, lo cierto es que, como ejemplo, no ha sido muy imitado a lo largo de la historia (*).

Hipócrates debía ser en efecto tan gran ciudadano como médico. En cierta ocasión en que los atenienses amenazaban invadir la isla de Cos, conjuró el peligro llamando

(*) En el vestíbulo de la Escuela de Medicina de París, hay una gran tela de Girodet (1792) que representa a "Hipócrates rehusando los regalos de Artajerjes".

en torno suyo a los pueblos vecinos y enviando a su propio hijo, Tesalio, a Atenas, a implorar merced. Los atenienses recordaron entonces que en otro tiempo les había salvado de la peste y accedieron a su petición, retribuyendo así el servicio que les había hecho.

Después de numerosos viajes, Hipócrates regresó a Grecia, muriendo en Larisa a los 85 ó 90 años de edad, prolongada por algunos hasta los 104 ó 107 años.

Fué enterrado, según el biógrafo anónimo, entre Gyrtóna y Larisa, y sobre su tumba vino a poner su panal un gran enjambre de abejas, con cuya miel curaban las nodrizas las úlceras aftosas de los niños pequeños. Dejó dos hijos: Tesalio y Dracón, y un yerno: Polibio, que le sucedió en la enseñanza de la medicina, en la Escuela de Cos.

El mismo biógrafo pretendía poseer hasta un retrato de Hipócrates. El tipo tradicional es en todo caso muy antiguo, una de cuyas más bellas expresiones está en un mármol anónimo del Museo de Nápoles, que lleva la simple inscripción: "Un filósofo".

Hasta el siglo XVIII la leyenda hipocrática fué aceptada con la más robusta fe, e incluso muchos autores modernos, llevados de su devoción al viejo maestro, aun ampliaron y enriquecieron las narraciones de los antiguos.

La vida privada de Hipócrates no nos es mucho más conocida. Los biógrafos modernos, tales como Gabricius, Meiboom, Dacier, Goelicke y Dornier, ahondando las antiguas biografías, en las que el tema parecía haber quedado agotado, han hallado una serie de datos que nos presentan a Hipócrates adornado de todas las virtudes, de las más brillantes cualidades y de los más hermosos dones de la naturaleza. Sin duda este aspecto del panegírico de Hipócrates, es uno de los más respetables, ya que encierra una finalidad que solo puede merecer elogios.

Distinguieron sobre todo a Hipócrates, una idea muy elevada de la medicina, de su extensión, de sus dificultades y de su altísima finalidad; una perpetua preocupación por la dignidad profesional; un vivo sentimiento del deber y una repulsión profunda hacia los charlatanes que comprometen el sagrado ministerio y, sobre todo, un continuo empeño en lograr la curación o el alivio de los pacientes, en el peor de los casos.

En su "Tratado del Régimen de las Enfermedades Agudas" (Cap. 2) dice Hipócrates que la inteligencia debe aplicarse a todos los aspectos del arte y que es preciso que el médico tienda siempre a lo mejor. En el mismo tratado (Cap. 3) ataca enérgicamente a los médicos que se contradicen en sus prescripciones, desacreditando de esta manera su arte y permitiendo con tal conducta que el vulgo les retire su estimación.

El "Tratado de las Articulaciones" (Cap. 78) contiene la siguiente notable frase, tan llena de dramático sentido contemporáneo: "Cuando dispongamos de varios procedimientos para actuar, escojeremos siempre el más sencillo; aquél que pretenda maravillar los ojos del profano con vanos aparatos y ornamentos, no sigue la conducta de un hombre de honor, ni de un verdadero médico". Y cuando habla contra los charlatanes, los ataca, no tanto por su propia ridiculez, sino por el disimulo de su ignorancia, que el vano palabrerío deja en los espíritus simples de los que los escuchan.

En el primer libro sobre "Las Epidemias" (Cap. 5) dice que en las enfermedades hay que considerar dos cosas: "aliviar y no perjudicar; que el arte está constituido por tres elementos: enfermedad, enfermo y médico; que el médico es el ministro del arte y que el enfermo debe colaborar con el médico para combatir sus dolencias".

En el "Tratado del Pronóstico" (Cap. I) Hipócrates aconseja al médico que gane la confianza y la consideración de las gentes por el respeto y atención que ponga en el interrogatorio y en el examen de los pacientes y por la seguridad de sus pronósticos. En el Cap. 6 del libro de "Las Epidemias" dice que el médico debe cuidar de su atuendo y presencia, para ser grato a sus clientes, y que

es preciso tener ciertas condescendencias y complacencias con los enfermos, no siempre de fácil carácter. En el tratado sobre los "Aires, Aguas y Lugares" (Cap. 1) aconseja que cada vez que el médico llegue a una ciudad, debe informarse de la naturaleza y tratamiento de las enfermedades más frecuentes en el lugar. En el "Juramento", los deberes del médico en la práctica y en la enseñanza de su arte, en la santidad de su vida, en la discreción y reserva de sus relaciones con los enfermos y en el cuidado con que deben evitarse todas las cosas perjudiciales, están enunciados con las más bellas y nobles palabras.

La espléndida sentencia, en fin, que abre el libro de los "Aforismos", resume con una precisión genial las profundas meditaciones del sabio de Cos, sobre la extensión y las dificultades del arte.

Y es que Hipócrates unía a su vasta experiencia médica una gran práctica de los hombres; no era sólo un médico, sino un filósofo, en el que se unían una gran nobleza de carácter y una profunda sutilidad de espíritu. Ni duda en criticar a sus colegas, cuando lo cree necesario, ni teme declarar sus propios errores, indicando al mismo tiempo cómo y cuándo se produjeron, a fin de que otros médicos no sean a su vez engañados.

Hipócrates cuida mucho su reputación; sin embargo, jamás consiente en que la misma se radique en fundamen-

tos que no sean legítimos; no otro sentimiento puede hacerle hablar así: "Los médicos creen que la luxación anterior del húmero es frecuente, cometiendo con ello errores notorios, especialmente al referirse al estado de atrofia de las carnes que rodean a la articulación perturbada. En cierta ocasión comprometí a este propósito mi reputación, pues negué que hubiera luxación en uno de estos casos, con lo que los demás médicos creyeron que yo ignoraba lo que ellos creían saber tan bien. A pesar de todo, no pude persuadirles más que al final y con gran trabajo, de que las cosas eran tal cual yo había dicho".

Además de estas destacadas virtudes, suficientes para situarlo imperecederamente en un lugar de honor de la historia de la medicina, fué Hipócrates un audaz reformador y un personalísimo Jefe de Escuela. Las malas prácticas y las falsas doctrinas ajenas, fueron combatidas con un poderoso despliegue de razonamientos, especialmente dirigidos contra las causas y las circunstancias previas de los hechos. De este modo atacó la mala dirección que se daba a los regímenes de los enfermos, a los viciosos procedimientos de la cirugía, a los que hacen reposar la ciencia sobre movedizas hipótesis... etc., sosteniendo inteligentemente que el método, la paciencia y la observación directa, alcanzan mejor que nada a cosechar los mejores triunfos de la ciencia.

Su grandeza se expresa sobre todo por el estilo y contenido de la herencia moral que dejó a su escuela médica y a los que a través de ella le siguieron. Así, en los tratados sobre “La Ley”, “El Médico”, “Los Aires”, . . . etc., iniciados por reflexiones rebosantes de sensatez y buen sentido sobre la utilidad de la medicina; sobre los inconvenientes y repugnancias que es preciso vencer en el ejercicio profesional; el poco fruto material que hay que esperar obtener; la ingratitud de los enfermos y la arbitrariedad y falta de juicio con que el vulgo considera las cosas de los médicos y de la medicina.

En el tratado “Del Bienestar” se incluyen elevadas consideraciones sobre las relaciones que deben existir entre la medicina y la filosofía: “Entre la Medicina y la Filosofía — dice — no existen grandes diferencias, pudiéndose afirmar que todo cuanto conviene a la filosofía, puede aplicarse por igual a la medicina: así por todo cuanto se refiere al gusto de las bellas letras, al desinterés, a las buenas costumbres, a la modestia, la simplicidad, la buena reputación, el sano juicio, la sangre fría, tranquilidad de alma, afabilidad, pureza, serenidad del lenguaje, conocimiento de las cosas útiles y necesarias a la práctica de la vida, rechazo de todas las obras impuras, ausencia de todo temor supersticioso de los dioses y una divina grandeza del espíritu. En

ambas ciencias interesa mucho evitar la intemperancia, el charlatanismo, la avidez insaciable, los apetitos deshonestos, la rapiña y la impudicia. Una y otra nos ordenan por igual los sentimientos y los deberes a que la amistad nos obliga con los que nos rodean, y cómo debemos vigilar sus hijos y su fortuna. La Medicina es filosófica en cuanto encuentra en las enfermedades numerosos motivos para honrar a los dioses, ya que por más hábiles y doctos que sean los médicos, hay que reconocer que muchas enfermedades curan solas, gracias precisamente a la benevolencia de los dioses”.

Recomienda a continuación “mantenerse siempre en la decencia, no conversar sin necesidad con las gentes del pueblo y mostrarse siempre sencillo, afable y de buen humor. Debe visitar frecuentemente a sus enfermos, examinándolos cada vez con la mayor atención, para evitar que la ocasión u oportunidad curativa pase sin provecho; unirá la firmeza a la dulzura y confiará siempre a uno de sus discípulos — y no a un ignorante cualquiera — el cuidado de vigilar y hacer cumplir exactamente sus indicaciones, ya que debe saber que, si sobreviene cualquiera desgracia, el error siempre será imputado al médico”.

En los “Preceptos”, advierte que “conviene al médico fijar y establecer sus honorarios antes de empezar el tratamiento, con lo cual dará al enfermo la seguridad de que no lo va a abandonar. Cuando la dolencia sea de carácter

urgente, el médico descuidará su interés en absoluto, sin preocuparse de la ingratitud que le espera después de la curación. Los enfermos, en efecto, se deshacen en promesas mientras sufren, pero una vez curados, no dudan mayormente en injuriar a su salvador. Su salario no le servirá más que para avanzar y perfeccionarse en su arte; se adaptará en cada caso a la fortuna de sus clientes y atenderá primero a los pobres y a los extranjeros, facilitándoles si así lo necesitaren, no sólo medicinas, sino incluso su propio dinero. Cuando un médico se encuentre ante la duda de cualquier diagnóstico o tratamiento, hará bien en llamar a otros médicos que lo iluminen, cuidando mucho, al hacer esto, en no tomar como diversión las discusiones que se susciten, ni a formar grupos de unos contra otros, pues está ordenado en el "Juramento" que jamás un médico prudente y hábil, se dejará llevar de la envidia hacia ningún colega".

"Jamás atacará la reputación de los demás médicos, pues eso es conducta de charlatanes. Evitará los largos y ampulosos discursos: cuando se vea precisado a hablar, lo hará sin ostentación y sin intentar disimular su ignorancia con el vano ruido de las palabras o con el testimonio de los poetas, ya que el arte de la Medicina tiene sobrados recursos en sí mismo. Conviene sobre todo huir de los médicos cuya instrucción es demasiado reciente, así como de aquellos que empezaron a estudiar tardíamente, pues

unos y otros son naturalmente presa de perjudiciales empirismos."

Galeno ha sido sobre todo el más decidido y ardiente defensor y propagador de Hipócrates, al que llama "el divino". El comentarista Étienne declara que Hipócrates "no puede engañarse". Suidas dice de él, que es "el más ilustre de los médicos", considerando que sus escritos son más bien la obra de un dios que de un hombre. De Haen ha afirmado que los preceptos del maravilloso anciano son como los oráculos de Apolo, y Baglivi no duda en asegurar que "la antigüedad no conoció igual y que las edades futuras no conocerán seguramente tampoco nada semejante".

★

Ahora bien: ¿escribió Hipócrates realmente? ¿Puede ponerse su nombre con absoluta seguridad al frente de cualquiera de los trabajos que se le han atribuido? ¿Cómo se formó la colección de los escritos hipocráticos? ¿Qué elementos los constituyen? He aquí las cuestiones que deberemos examinar ahora.

De los más de sesenta trabajos que nos han llegado, atribuidos a Hipócrates, apenas dos pueden vanagloriarse rigurosamente de tan ilustre origen. Ninguno de los contemporáneos del sabio de Cos ha repetido textual e invARIABLEMENTE ninguno de sus escritos, ni ninguno ha sido

citado con su nombre. A pesar de ello poseemos hoy medios indirectos que nos autorizan a afirmar con suficientes garantías que Hipócrates escribió efectivamente, pudiendo incluso separar lo verosímilmente auténtico de lo apócrifo.

Ctesias, contemporáneo de Hipócrates, combate, nombrando al médico de Cos, un procedimiento quirúrgico que hallamos en el "Tratado de las Articulaciones". Diocles defendió a Hipócrates contra Ctesias, en su "Tratado sobre los vendajes", copiando e interpretando un pasaje del "Tratado de las Articulaciones" al tiempo que oponiéndose a una teoría médica contenida en los "Aforismos". De todo ello se deduce que podemos casi con absoluta seguridad atribuir a Hipócrates los tratados de las "Articulaciones", de las "Fracturas", los "Aforismos", la "Materia médica" y alguno más.

Sobre este terreno, lo más sólido posible, podemos asimismo indirectamente, por deducciones e inducciones sucesivas, reconocer como legítimos ciertos otros libros hipocráticos, señalando las reformas debidas al genio innovador del médico de Cos, lo que ha tomado de la ciencia de sus predecesores y contemporáneos y a trazar, en fin, un cuadro suficientemente exacto de la medicina de su tiempo.

Antes de Hipócrates, existían diversas escuelas médicas, en plena actividad unas, decadentes las otras, y diversos escritos médicos, varios de los cuales disfrutaban de gran

predicamento. Una de estas escuelas, la de Cnido, fué vivamente combatida por Hipócrates, quien discutió además numerosas teorías de sus contemporáneos y predecesores. Sin duda, su enorme éxito contribuyó a borrar las producciones de la literatura anterior ¡influencia fatal y singular privilegio de los grandes genios! Los hombres, en efecto, de la jerarquía de Hipócrates, hacen olvidar todo lo que les precedió, sometiendo a su yugo y a su influencia las generaciones sucesivas, no dejando a los historiadores más que algunos aislados monumentos, a modo de hitos del camino y de la evolución del espíritu humano.

La "Colección hipocrática" tal cual ha llegado hasta nosotros, es una reunión ingente de formas, estilos y épocas diversas, algunos de cuyos elementos aparecen en perfecto estado de conservación, en tanto que otros se nos muestran como ruinosos e incompletos; de cualquier manera esta colección es un verdadero fenómeno, sin igual en toda la historia de la antigüedad y acaso de todo el saber humano.

Si los documentos apócrifos abundan efectivamente en la colección hipocrática, no es menos cierto que fueron introducidos antes de la constitución de las grandes bibliotecas y casi inmediatamente después de la muerte de Hipócrates, bajo el directo control de sus discípulos y quizás con su participación. En todo caso, todos los críticos están de acuerdo para atribuir los tratados dudosos de Hipócrates

a autores muy antiguos, contemporáneos del médico de Cos. Así, el segundo libro sobre "Las Enfermedades" es atribuido a Hipócrates, hijo de Tesalio y nieto del fundador; el tratado de "Las Articulaciones" a Hipócrates, hijo de Gnosídico; el tratado de la "Naturaleza del hombre" a Polibio; el "Régimen de la salud" al mismo Polibio, o bien a Euripión, a Faón, Filistión, Aristón o Ferecidio; las "Afecciones" a Polibio; el tratado de "Los Humores" a otros Hipócrates posteriores.

Después de pacientes investigaciones, se ha llegado a establecer una norma de conducta en la apreciación de la autenticidad de los diversos escritos hipocráticos, que separa en los siguientes cuatro grupos:

1º) Escritos que pertenecen con toda seguridad a Hipócrates: "Articulaciones" y "Fracturas".

2º) Escritos que corresponden a Hipócrates casi con seguridad: "Aforismos", "Pronóstico", "Régimen de las enfermedades agudas", "Aires, Aguas y Lugares", "Heridas de la cabeza", "Materia médica" y "Medicina antigua".

3º) Escritos de la escuela de Cos, de autores contemporáneos de Hipócrates: "El Médico", "Los prorréticos", "Las coacas"⁽¹⁾, "Los Humores", "Las Epidemias",

(1) N. del T.: "Coaca" significa relativo, natural o perteneciente a la isla de Cos, y es término usado sólo en esta obra, cuyo exacto título es: "Las Prenociones coacas".

el opúsculo sobre "La Dentición", el tratado sobre "La naturaleza del hombre", el opúsculo sobre el "Uso de los líquidos", el "Juramento" y "La Ley".

4º) Escritos que, según todas las probabilidades no pertenecen ni a Hipócrates ni a su escuela: "Afecciones internas", "De las glándulas", "Régimen de la salud", "Enfermedades de las mujeres" . . . , etc.

Hipócrates estaba tan lejos de las hipótesis como del empirismo: de las hipótesis, porque siempre procedía por observación directa; del empirismo, porque estando todo su sistema íntimamente unido entre sí, no dejaba que su imaginación lo llevase a experiencias más próximas a la fantasía que a la realidad. Sabía — o creía saber — todo lo que ocurriría en un caso determinado, según el curso de la enfermedad y el modo de reaccionar del organismo a cada uno de los medicamentos, pues cada sustancia debía responder a una indicación precisa, dentro de un sistema de conjunto. Colocado entre las escuelas médicas y las filosóficas, impugnó el excesivo fisiologismo de unos y la estrechez de miras de los otros. Su medicina supo triunfar así del tiempo y de la acción disolvente de las sectas y puede decirse que jamás ningún sistema gozó de tan sólidas bases. El método y la concepción subsisten; al punto que casi puede decirse que queda hoy más de Hipócrates que

del mismo Galeno, incluso después de la gran revolución del descubrimiento de Servet y de Harvey y del gran trueque de valores del fantástico y magnífico "Lutero de la Medicina" que fué Paracelso.

No cabe dudar: Hipócrates es un ejemplar humano superior. Y en la antigüedad sólo admite comparación con Sócrates, Platón y Aristóteles.

★

El Libro de los Aforismos es sin duda alguna uno de los más populares de Hipócrates. Muchas bibliotecas, no solo médicas, sino de gentes cultas y curiosas, lo cuentan entre sus volúmenes, y personas hay para las que los Aforismos constituyen la única obra conocida del sabio de Cos.

Ningún libro antiguo ha alcanzado en efecto tanto renombre ni ningún autor tanta gloria, de tan estricto reflejo. Por todas partes y en todas las lenguas, los comentarios, las investigaciones y los trabajos de análisis y de crítica, han sobrepasado, en una amplia relativa proporción, los de cualquier otro libro o autor.

Galeno, que elogió siempre el género aforístico, comenta así el apéndice final del Tratado sobre el Régimen, que dice: "Se deberá sangrar a los enfermos, en las enfer-

medades agudas, cuando éstas sean intensas, pero, sobre todo, si los enfermos están en condiciones de resistirlas y se hallan en la fuerza de la edad". Y expresa Galeno: "Este texto es verdaderamente digno de Hipócrates y me asombra ciertamente que no haya sido incluido entre los Aforismos, dado lo elevado y exacto de su concepto, tan preciso como el de los Aforismos en general". "La amplitud y jerarquía de los Aforismos, sobrepasan todo cuanto en este aspecto ha concebido el espíritu humano", escribe Suidas.

Los profesores antiguos los utilizaron durante mucho tiempo como texto y tema de sus conferencias, casi con igual gravedad y unción con que los rabinos recogían en las sinagogas los versículos del Antiguo Testamento; los estudiantes se los aprendían de memoria y todavía en nuestros días, se encuentran numerosas tesis de doctorado encabezadas por alguno de sus sugestivos enunciados.

Sorano dividió los Aforismos en tres secciones, Rufo de Éfeso, en cuatro, y Galeno en siete. Ackermann observa atinadamente que esta división en siete secciones o libros, debe ser anterior a Galeno, ya que si fuera original de él, no hubiera dejado de decirlo y de vanagloriarse de ello en sus escritos, en los que en cambio se refiere a los Aforismos de esta forma, como si aquella división estuviera establecida y aceptada desde tiempo atrás.

Comentaremos ahora brevemente los contenidos respectivos de estas siete secciones o libros:

Primera.— Debe subrayarse la sentencia inicial, de excepcional belleza y profundidad, y que debería estar “en todos los labios, escrita en letras de oro en el pórtico de todas las escuelas de medicina y encabezando todos los tratados”. En el segundo, Hipócrates plantea la necesidad de que las evacuaciones artificiales deben ordenarse según el tipo y ritmo de las evacuaciones naturales: este Aforismo es de especial importancia práctica, ya que los médicos antiguos se apartaban con lamentable frecuencia de seguir con sus terapéuticas las normas fisiológicas de la sabia naturaleza, nociva arbitrariedad aún en boga en ciertos aspectos en nuestros días. El tercer Aforismo viene a ser el punto de partida de todos los que siguen, concernientes al régimen de los enfermos y de las enfermedades, de los que el número doce, resulta particularmente notable, por su valor de síntesis y reajuste de todos los precedentes. Terminándose el primer libro con algunas proposiciones sobre terapéutica.

Segunda.— Está dedicada casi íntegramente al Pronóstico, gran tema de Hipócrates y motivo de sus más grandes meditaciones y sentencias. Todos los Aforismos de esta sec-

ción tienen cierto carácter general e independiente unos de otros, comprendiendo reglas de terapéutica general, observaciones sobre dietética y notas sobre las crisis, del más alto valor. El Aforismo número treinta y ocho, es particularmente importante, encontrándose en él aquella gran ley del hábito o de la costumbre, tan precisamente establecida en el tratado del “Régimen de las enfermedades agudas”.

Tercera.— Está consagrada completamente al tema de las influencias cósmicas y climatológicas, al que los antiguos dieron tanta importancia y cuyo valor, borrado de la actualidad subsiguiente, durante muchos siglos, ha resurgido en nuestros días con tanta y tan valiosa personalidad, casi, como en los días luminosos que viviera el sabio médico de Cos. Gran parte de estos Aforismos parecen extraídos del tratado de “Los Aires, Las Aguas y Los Lugares” y deben ser leídos y comparados con ese texto curiosísimo.

Cuarta.— Puede dividirse en dos partes, perfectamente caracterizadas: la primera, que abarca hasta el Aforismo número veinte, está dedicada a considerar y valorar el arduo problema de las purgas, y en considerar cómo, cuándo y en qué circunstancias deben ser administradas por “arriba” o por “abajo”. La segunda parte de esta sección

está dedicada a la exposición e interpretación de los diversos signos de las fiebres. A este propósito deben destacarse los Aforismos treinta y ocho y treinta y nueve, donde, con cierta vaguedad — es cierto — sitúa Hipócrates, rompiendo su costumbre, dos afirmaciones en el terreno del diagnóstico. Este cuarto libro o sección termina por una serie de Aforismos acerca del valor pronóstico de las orinas en general y, particularmente, en relación con las enfermedades de las vías urinarias.

Quinta.— Comprende tres partes: la primera, dedicada a temas pronósticos, puede considerarse como continuación del final del libro o sección anterior (IV). En la segunda se estudian los efectos del frío y del calor sobre el organismo en general y como medio terapéutico, especialmente en las heridas y en ciertas afecciones quirúrgicas. La tercera, está consagrada a temas de ginecología y obstetricia clínica.

No cabe duda que la sucesiva consideración y agrupamiento de estos temas, trae al espíritu la convicción de que ya en aquel tiempo se quiso adoptar, al redactar los Aforismos, un plan y una sistematización que, aunque imperfectos y sin relación alguna con lo que hoy se admitiría, representa un antiguo sistema médico, que, como tal, merece y debe ser respetado.

Sexta.— Contiene sentencias variadas, de todos los órdenes de la observación médica, con cierta predominancia de temas quirúrgicos.

Séptima.— Los primeros veinticuatro Aforismos se ocupan especialmente de los epifenómenos, de las complicaciones y de la sucesión y curso de las enfermedades, y otro tanto vemos en los Aforismos finales. Los de la parte central de esta sección vuelven en cambio a ocuparse del tema del pronóstico, tan estimado por Hipócrates. Varios de estos Aforismos son repetición casi literal de otros tantos de las secciones cuarta y sexta. Comentando el Aforismo veinticuatro, dice Galeno: “Este Aforismo es el último en diversas ediciones; en otras, todavía siguen algunos más, reproducción de anteriores Aforismos legítimos, desarrollados con mayor o menor extensión, de todo lo cual deduzco que no es necesario admitirlos”.

★

Los testimonios sobre los Aforismos se remontan muy atrás, llegando incluso hasta los tiempos de Diocles de Carysto, llamado el segundo Hipócrates y que según parece, vivió poco después del célebre fundador de la escuela de Cos. Por la fecha y por los especiales y substanciales conocimientos de que da prueba, Diocles resulta uno de los testi-

gos esenciales en la historia de los libros hipocráticos, ya que, ante todo, vivió en una época en que tanto los hombres como las cosas, podían reconocerse perfectamente. Diocles, por ejemplo, al combatir el Aforismo treinta y cuatro del segundo libro, nombra al médico de Cos por su nombre, citación conservada por Esteban y por Galeno, quien al comentarla a su vez, dice: "Diocles y el autor del tratado "De las Semanas", sostienen una doctrina contraria a la de Hipócrates". Todo lo cual nos asegura, a través de testigos casi contemporáneos, que los Aforismos pertenecen efectivamente a Hipócrates, o que, al menos, le han sido constantemente atribuidos desde la más remota antigüedad.

Baquio, contemporáneo de Filino, que había sido discípulo de Herófilo, Heráclito de Tarento y Zeuxis, empíricos uno y otro, fué el primero, según Galeno, en comentar los Aforismos. Y Glausias, también al decir de las referencias de Galeno, ya señaló el tratado de "Los Humores" como original de otro Hipócrates, que nada tenía que ver con el autor de los Aforismos.

Después de las críticas de la escuela de Alejandría, Asclepiades, que vivió en Roma, 60 años antes de J. C., bajo Craso y Pompeyo, compuso un comentario sobre los Aforismos, recogido y citado ulteriormente por Erocio y Celio Aureliano. Tesalio de Trallya nos provee de otro testimo-

nio valioso, ya que compuso una obra destinada a refutar los Aforismos, mereciendo las peores invectivas de parte de Galeno, quien dijo de él que, antes de criticar, debía haberse dedicado a aprender.

Erocio viene a ser el eslabón intermediario entre los testimonios antiguos y los más relativamente modernos de la época. Después de él, Sabino comentó asimismo los Aforismos, según se desprende de los escritos de Galeno, reconociéndolos como legítimos. Sorano y Rufo de Éfeso se ocuparon de ellos, aun sin llegar a comentarlos, y Marino — también por testimonio de Galeno — los comentó, lo mismo que Quinto y Lycus de Macedonia. Galeno, siempre vigilante de la pureza de los escritos de Hipócrates, critica duramente a estos autores, diciendo en sus comentarios al tratado de "Los Humores": "¿Qué pueden importarnos y quién podría soportar la impudicia de Lycus, la ignorancia de Artemidoro y los insensatos discursos de muchos otros?"

Galeno cita todavía a Dionisio y a Numesiano, como comentaristas de Hipócrates y de sus Aforismos, elogiando especialmente los juicios de Numesiano.

El llamado falso Oribasio nos dice que Pélops, discípulo de Numesiano y maestro a su vez de Galeno, hizo una traducción latina muy cuidadosa de los Aforismos,

en tanto que Juliano — el último antes de Galeno — escribió nada menos que un tratado de cuarenta y ocho libros, combatiéndolos.

★

Galeno es sin duda el más ferviente y uno de los más autorizados defensores de la obra hipocrática, por más que su proyección en el tiempo esté situada a casi cinco siglos de la época del sabio griego.

Paul Manuel, Ackermann y Gruner, han recogido con todo cuidado los conceptos que los Aforismos merecieron al médico de Pérgamo, tanto en la edición griega moderna, como en las dos o tres ediciones francesas.

En el tratado de “La Disnea” dice Galeno que los Aforismos se atribuyen a Hipócrates con harta razón, lo que repite en su tratado de “Las Crisis”. Galeno opina que los Aforismos fueron compuestos después del libro de “Las Epidemias”, considerándolos como una obra de la vejez de Hipócrates, último legado de su inmensa experiencia. Los Aforismos contienen en efecto un a modo de resumen de una gran práctica, síntesis de diversos pasajes más extensamente desarrollados en los tratados sobre el “Pronóstico”, el “Régimen de las enfermedades agudas”, “Aires, Aguas y Lugares”, las “Epidemias” y los “Libros quirúrgicos”.

Galeno reproduce reiteradamente la idea de que los Aforismos son un compendio de la medicina hipocrática; a pesar de ello, no desconoció — y señaló sagazmente — que en los textos al uso había varios textos apócrifos, especialmente en el séptimo libro.

Después de Galeno, han comentado los Aforismos Dominus y Atalión, personajes sin relieve alguno, Teófilo, Filagrio, Gesio y Asclepius. Finalmente Damascius, Teófilo y Esteban, han comentado en diversos pasajes el primitivo texto griego, publicado por primera vez por Dietz.

Rufo y Sorano de Éfeso, Sabino, Pélops y Galeno, son los más autorizados garantizadores de la autenticidad de los Aforismos, al punto que estos autores se sirvieron a menudo de ellos para dictaminar si los demás escritos hipocráticos eran o no auténticos. Aparte de ello, la forma de exposición, la profundidad de los conceptos y la elegancia y graciosa sencillez de las frases, prueban que esta obra monumental de los Aforismos, es verdaderamente digna del gran genio de Hipócrates.

LOS AFORISMOS

LIBRO PRIMERO

I — La vida es corta y el arte requiere de mucho tiempo para ser aprendido. La oportunidad se va fácilmente, el empirismo es peligroso e inconveniente y el razonamiento difícil. En este sentido, no solo debe el médico poder y saber hacer por sí mismo cuanto sea conveniente, sino que debe ser secundado por el propio enfermo, por aquellos que lo asisten y por las cosas exteriores.

Casi todos los comentaristas — dice Galeno — coinciden en considerar este aforismo como el primero de la obra de Hipócrates. Se trataría de saber ahora por qué este autor inició así su discurso. La vida “es corta” no en términos absolutos, sino en relación a la extensión y cantidad de los conocimientos que el arte exige. Asimismo, la elección del momento oportuno, la advertencia contra los peligros del empirismo y la dogmatización excesiva, son otras tantas observaciones previas de indudable interés. El arte, que consiste en formular los principios generales en síntesis particulares, no puede alcanzar tal resultado a causa precisamente de la mutabilidad de la materia sobre la que debe actuar.

De los modos de llegar al conocimiento, el empirismo es particularmente nocivo por cuanto impide y rechaza la prueba, el ensayo y la duda, afectando así la verdadera dignidad del hombre; el análisis, ya sea razonamiento o discernimiento, es la única piedra de toque para juzgar el valor de los numerosos medios empleados hasta aquí empíricamente. La razón sirve a Hipócrates para sostener que los sistemas nacidos de las disputas de los médicos, no pueden, por sí solos, tomarse en consideración. El discernimiento conduce, por su parte, a conocer la bondad o inconveniencia de un medicamento cualquiera, después que el mismo ha sido empleado durante largos años en un número considerable de enfermos.

El arte es inmenso si se lo mide sobre la vida del hombre; por eso nada hay más precioso y útil para la posteridad que poder llegar a redactar la ciencia médica bajo forma de aforismos, tan útiles a los que empiezan a aprender, como a los que quieren recordar lo que tenían olvidado.

Unos creen que ese juicio de Hipócrates sobre la brevedad de la vida y la extensión del arte, está destinado a animar a los buenos estudiantes de la Medicina y para cercenar al mismo tiempo los excesivos y fáciles entusiasmos de los que no lo son.

Otros opinan que con ello sólo persigue lograr que los alumnos hagan sus comentarios en forma aforística. Aquéllos creyeron que al obrar así, señalaba Hipócrates que la ciencia médica es toda ella un semillero de conjeturas y presunciones. Estos, finalmente, lo han interpretado como indicación de las numerosas causas que pueden mudar en error las más presumibles certezas.

En nuestra opinión, no es posible que este aforismo haya sido enunciado para afirmar simplemente que el arte de la medicina

es sólo conjetura y error. Igualmente cuando dice "... no sólo debe el médico..." ¿no da la impresión de hablar en nombre de la verdad y no de discurrir sobre ilusiones?

Parece más razonable, en efecto, creer que Hipócrates inició así su obra para justificar el género aforístico que quiso elegir, a fin de presentar la substancia del conocimiento en el menor número de palabras posibles. Sólo así podía pensar en llegar a estudiar un arte tan extenso, añadiéndole poco a poco, metódicamente, las sucesivas adquisiciones del conocimiento, completando y perfeccionando lo que nuestros antepasados alcanzaron.

II — En las perturbaciones del vientre y en los vómitos espontáneos es beneficioso purgar las materias, siempre que los enfermos lo soporten bien, pero no en caso contrario. Lo mismo puede decirse de las deplecciones vasculares provocadas con fin terapéutico. Deben considerarse en este punto las condiciones del país, de la estación y de la edad de los enfermos y determinar, según ellas, si debe o no recurrirse a la deplección.

Galeno ha indicado los signos por los que se reconoce la predominancia de tal o cual humor. El más importante lo constituye el color de la piel, verdadero espejo del interior de nuestro organismo, cuyo valor se pierde únicamente en aquellos casos en que el humor refluye hacia las partes profundas. La bilis predomina en las latitudes cálidas y en el verano, en los climas altos y en la plena madurez de la vida. Las enfermedades de tipo terciano dan

bilis amarilla. Y bilis negra, en cambio, las cuartanas. Así, pues, será prudente conducta evacuar, tanto las bilis como la pituita, la sangre, la flema y la serosidad.

III — La salud excesiva, aun en los atletas, es peligrosa. Y ello por dos razones: por la imposibilidad de mantenerse siempre en el mismo punto y por la imposibilidad de mejorar. De ahí que únicamente pueda deteriorarse. Será pues conveniente mantener esta exuberancia por debajo del máximo, a fin que el cuerpo pueda nutrirse por sí mismo. Pero al mismo tiempo, tampoco deberá llevarse esto al otro extremo, lo que sería igualmente peligroso. Lo mejor es un equilibrio intermedio. Lo que igualmente puede aplicarse a las replecciones masivas y a las deplecciones severas.

El comentario que Galeno hace de este aforismo concreta cuatro puntos: 1º) referirse a la cantidad y no a la calidad de las evacuaciones; 2º) demostrar los peligros de la excesiva plenitud, capaces de determinar roturas de los vasos y extinguir así el calor vital innato; 3º) probar que el cuerpo se halla sometido a perpetua mudanza, tanto por la cocción y la distribución de los alimentos, como por la formación de la sangre, la yuxtaposición, la asimilación y la trans-substanciación de los elementos; de lo que resulta que jamás la salud perfecta puede estar siempre en el mismo punto; 4º) demostrar la relación e interdependencia que

hay entre las dos partes de este aforismo. Galeno precisó ya que la exuberancia de salud de los atletas es sólo un término de comparación, un ejemplo fisiológico con el que se establece una doctrina patológica más vasta que lo que, esquemáticamente, parece querer significar la simple contraposición de los conceptos de replección y deplección. Había sobre esto, en la antigüedad, dos interpretaciones: una, la que acabamos de exponer, era sostenida por Galeno, Teófilo y Oribasio. La otra, adoptada por Damascius, afirmaba que el peligro de las deplecciones no estaba en ellas mismas, sino en que, a consecuencia de la debilitación del cuerpo, hacían las digestiones más laboriosas y los alimentos más pesados.

IV — En algunas enfermedades agudas y en todas las enfermedades crónicas resultan perjudiciales los regímenes exiguos rigurosamente observados. En esas condiciones el régimen resulta tan nocivo como la replección extrema.

V — Dado que los enfermos sometidos a un régimen exiguo, cometen fatalmente infracciones al mismo, con un perjuicio tanto mayor cuanto que la sensibilidad del organismo es mayor también, se deduce que esos regímenes deben ser menos rigurosos. Ello conviene así también a las personas en perfecta salud, las que se benefician más de una comida moderadamente abundante que de una frugalidad sistemática.

VI — La terapéutica de las enfermedades graves no desarrollará todo su poder más que si se aplica con absoluta exactitud.

Los comentaristas han considerado este texto de dos maneras: Teófilo y Damascius lo refieren sólo a la dieta, en tanto que Galeno lo aplica a todos los remedios, uno de los cuales es, por supuesto, la dieta.

VII — Cuando los fenómenos mórbidos de las enfermedades agudas alcanzan rápidamente su culminación, conviene que el régimen que se prescriba sea muy reducido. En los demás casos, cuando esté permitido dar una alimentación más abundante, el régimen irá haciéndose menos severo a medida que los síntomas vayan atenuándose.

Galeno opina que, según este aforismo, en tanto la enfermedad no haya alcanzado su acmé, debe permitirse la alimentación del paciente. Parece, sin embargo, que la relación que Hipócrates quiere hacer resaltar se refiere más a la agudeza de los síntomas en sí, que al período de incremento o defervescencia de la enfermedad.

VIII — Durante el período de estado de las enfermedades conviene mantener un régimen muy severo.

Galeno y sus partidarios reunieron los aforismos VII y VIII en uno solo; no obstante, la diferencia entre ambos es notoria.

IX — A pesar de lo dicho anteriormente, convendrá saber calcular si las fuerzas del enfermo podrán resistir a la enfermedad con un régimen tan reducido, pues puede ocurrir que ello lo debilite demasiado, por más que también es posible que la enfermedad ceda y se debilite antes.

X — En las enfermedades que alcanzan rápidamente su período de estado conviene prescribir un régimen muy reducido desde el principio. En todas las demás y aunque la conducta sea la misma durante los días culminantes y los inmediatamente previos y ulteriores, deberá disminuirse y aumentarse el régimen poco a poco, sosteniendo la nutrición del enfermo a fin de que tenga fuerzas para resistir el mal.

XI — Durante los paroxismos deben suprimirse los alimentos, ya que en tal momento resultan siempre perjudiciales. Y en todas las enfermedades en cuyo curso se produzcan y repitan los paroxismos, la conducta será la que hemos enunciado, durante los días en que el paroxismo se presente.

XII — Las enfermedades, las estaciones del año y la comparación recíproca de sus períodos, ya cuando los paroxismos sobrevienen todos los días, día por medio o a intervalos mayores, permiten conocer la marcha de las crisis y la constitución de la enfermedad, sobre lo cual deberán también observarse los epifenómenos que se presenten: así, en los pleuríticos, la aparición precoz de los esputos acorta la enfermedad, la que se prolongará en cambio si la expectoración tarda en presentarse. Del mismo modo, las orinas, las deposiciones y el sudor, indican — en tanto se manifiesten como epifenómenos — si la enfermedad será vencida fácil o difícilmente y si será de corta o larga duración.

Galeno comenta así este concepto de los “epifenómenos” de Hipócrates: El régimen se apoya en una base triangular, representada por las fuerzas del enfermo — que pueden calcularse por la marcha del pulso y de los demás signos indicados en el “Pronóstico” —, la constitución de la enfermedad y el curso de los paroxismos, que, a pesar de lo que sostienen algunos médicos, pueden también determinarse con bastante precisión. Así, sabemos que las fiebres tercianas terminan rápidamente, que las cotidianas duran más, y más aún las cuartanas; que, entre las fiebres continuas, el “causus” acaba pronto y que el “typhus” suele prolongarse y que los paroxismos sobrevienen cada tres días en las fiebres tercianas y en las pleuresías y todos los días en las tisis. De este modo la atenta observación de las enfermedades una y otra vez, nos enseña acerca de sus formas de comienzo, de su curso

y de su evolución, permitiéndonos prever su marcha y ordenar su régimen y tratamiento. Las estaciones influyen igualmente en el curso de las enfermedades: las fiebres cuartanas, por ejemplo, duran menos en verano que en otoño o en invierno. Sin embargo, la reaparición de los paroxismos no tiene nada que ver con ellas.

Lo que hemos dicho acerca de las estaciones puede aplicarse igualmente a las edades y a los temperamentos de los enfermos. Cuando Hipócrates se refiere a “la comparación recíproca de los períodos de las enfermedades”, se refiere a aquella forma de observación por la cual pueden llegarse a precisar los límites de la efervescencia y defervescencia de las enfermedades. Si el momento, duración e intensidad del paroxismo pueden ser provistos, podrán igualmente preverse la culminación y el fin de la crisis.

XIII — Los viejos soportan muy bien la abstinencia; para las personas de edad madura ésta es más penosa y mucho más aún para los jóvenes. Los niños son los más sensibles al rigor de la dieta y de ellos, en particular, los de carácter muy vivo.

Galeno y Damascius opinan que este aforismo quedó incompleto y que debía precisarse aún más en el sentido de decir que “los viejos soportan fácilmente la abstinencia, siempre que no sean demasiado viejos” (!).

XIV — Durante el crecimiento la cantidad de calor innato aumenta; por eso la alimentación debe ser mayor

durante esos períodos, ya que si no el cuerpo se consumirá. En los viejos, en los que el calor innato está muy disminuído, el combustible debe reducirse, pues en caso contrario llegaría a apagarlo. Esto explica que la fiebre en los viejos, que tienen el cuerpo frío, no alcance nunca la violencia que en los jóvenes.

XV — En invierno y en primavera las cavidades están calientes y el sueño es profundo y reparador. Convendrá pues en estas estaciones que los alimentos sean más abundantes, sobre todo en aquellos que como los niños y los atletas poseen un alto grado de calor innato.

Los niños son, según Galeno y Damascius, los mejores testigos de este aumento del calor interior. Por eso en invierno, en que ya de por sí hay una acumulación del calor en el interior, los alimentos deben ser más abundantes.

XVI — Los regímenes húmedos convienen especialmente a los niños y a aquellos que normalmente se hallan habituados a la humedad.

Galeno hace extensivo este aforismo, tanto a las personas sanas como a las enfermas.

XVII — También conviene saber que existen enfermos a los que es preferible alimentar en una, dos o más veces y en cantidades mayores, menores o fraccionadas. Las costumbres, la estación del año, los diferentes países y las distintas edades, deben considerarse asimismo.

XVIII — En invierno y en otoño se soportan peor los alimentos.

XIX — Cuando los paroxismos aparecen en pleno período de estado de una enfermedad, deben suprimirse todos los alimentos y no darlos aunque el propio enfermo los reclame. Esto no debe comprenderse sistemáticamente, pues sólo se refiere a los alimentos que el enfermo tomaba antes de la crisis.

Según Galeno, "crisis" puede significar aquí "incremento" o "acmé" de la enfermedad. Si recordamos ahora los aforismos VII y XI de este primer Libro, se reconocerá que los tres términos vienen a ser similares, por más que el primero parezca ser el más común.

XX — Cuando las enfermedades se hallan en pleno desarrollo, no debe proveerse ningún movimiento ni nada

debe solicitarse, como purgas u otros irritantes. En estas circunstancias es esencial el más absoluto reposo.

XXI — Las materias rechazables, deben ser rechazadas hacia sus emunctorios normales o habituales, lo que constituye siempre la vía de elección.

XXII — Se deberá movilizar y purgar las materias cocidas, pero no las crudas. Tampoco deberán darse purgantes al principio de la enfermedad, salvo que exista orgasmo, por más que éste generalmente no se presenta en esas condiciones.

La palabra orgasmo quiere decir “estar agitado de deseos venéreos”, como ocurre en los animales durante el período del celo. Esta palabra quiere pues significar, por analogía, el estado de agitación y de trasposición de los humores, fenómeno que no suele observarse al comienzo de las enfermedades.

XXIII — Las materias evacuadas no deben apreciarse por su cantidad; antes bien, debe considerarse si debían en realidad haberse evacuado o si el enfermo tolera bien las evacuaciones. Cuando creais indicado conseguir con las purgas un estado de lipotimia, hacedlo, siempre que las fuerzas del paciente lo permitan.

Esta práctica, tan difundida entonces, de purgar hasta lograr el estado de lipotimia, viene a ser la precursora de los modernos tratamientos por medio del *shock* térmico, hipoglucémico o cardiazólico.

XXIV — No deben darse purgas al comienzo de las enfermedades agudas; cuando así se haga, deben medirse y considerarse cuidadosamente todas las circunstancias concurrentes.

XXV — Cuando las purgas consiguen eliminar aquello que verdaderamente debía purgarse, los resultados son muy buenos y los enfermos lo soportan muy bien. Pero no así si lo que se elimina no estaba destinado a tal fin.

Galeno, Teófilo y Damascius opinan que este aforismo se refiere a las evacuaciones artificiales. Recuérdese que el II aforismo de este Libro, casi idéntico, se refiere explícitamente a las evacuaciones naturales.

LIBRO SEGUNDO

I — Las enfermedades para las que el sueño o el estado de somnolencia resulte perjudicial, deben considerarse mortales. En cambio, en todas las demás, para las que el sueño procura un descanso y un alivio, ocurre lo contrario.

II — Cuando el sueño calma los delirios, nos hallamos ante un buen síntoma.

Galeno y Teófilo creen que el delirio constituye aquí un simple ejemplo particular y que esta sentencia debe aplicarse a todos los síntomas. Galeno une este aforismo con el final del anterior.

III — Tanto el sueño como el insomnio excesivos son de mal pronóstico.

IV — Ni la saciedad, ni el hambre, ni ninguna otra cosa deben sobrepasar, para ser buenas, los límites naturales.

V — Las laxitudes espontáneas presagian enfermedad.

La laxitud no es la fatiga común, caracterizándose por sobrevenir sin movimiento o trabajo previo. Hipócrates la calificó como un “padecimiento surgido del propio ser”; puede interpretársela como una diátesis del organismo.

VI — Cuando cualquier parte del cuerpo duele, no siendo este su estado natural, quiere decir que el cuerpo ha sido atacado por una enfermedad dolorosa. Cuando en estas condiciones los enfermos no sienten sus dolores, la enfermedad ataca al espíritu.

Galeno y Teófilo consideran que Hipócrates habla de dolores de las enfermedades dolorosas, refiriéndose a la erisipela, a las fracturas, ... etc.

VII — La reparación y tratamiento de las enfermedades que han durado largo tiempo, deben ser prolongados. Y breves los de las enfermedades de poca duración. Lo que se refiere no sólo al tiempo sino también a la rapidez.

VIII — El hecho de que durante la convalecencia de una enfermedad cualquiera y no obstante el buen apetito,

no se recuperen las fuerzas, puede deberse a que la cantidad de alimentos sea excesiva. En cambio cuando los enfermos no comen por falta de apetito, será necesario procurarles una evacuación.

IX — Para purgar el cuerpo es necesario que las vías estén transitables y los humores, líquidos.

Esto quiere decir que los humores tengan menos viscosidad y que los conductos por donde los purgantes han de hacer salir a las materias, estén debidamente relajados (Galeno y Teófilo).

X — Cuanto más alimentéis a un cuerpo lleno de impurezas, más le perjudicaráis.

XI — Las bebidas y los alimentos líquidos reparan mejor las fuerzas que los alimentos sólidos.

XII — Los restos de los malos humores que quedan después de las enfermedades, son el origen de las recidivas.

XIII — La noche que precede a la del paroxismo crítico suele ser agitada; en cambio la que sigue a la crisis es de una gran calma.

XIV — Cuando en casos de flujo del vientre los excrementos cambian de aspecto o de naturaleza, nos hallamos ante un buen signo. A veces sin embargo puede suceder lo contrario.

XV — En casos de enfermedad de la faringe y cuando el cuerpo se llena de manchas y botones eruptivos, deben examinarse las excreciones, pues la presencia de bilis en ellas indica que el cuerpo participa en la enfermedad, en cuyo caso deberán suprimirse los alimentos. En cambio las heces normales indican que el cuerpo no está afectado y que la nutrición normal puede y debe continuar.

XVI — Durante las dietas y los estados de privación de alimentos, deben evitarse las fatigas.

XVII — La ingestión excesiva de alimentos es inconveniente y puede ser causa de enfermedad. La curación por medio de la dieta lo demuestra.

XVIII — La ingestión y asimilación rápida de los alimentos determina una rápida eliminación de los residuos.

XIX — Los pronósticos de muerte o de curación son siempre falibles, especialmente en las enfermedades agudas.

XX — Aquellos que en su juventud tienen húmedas las cavidades, las tienen secas en la vejez. Y a la inversa.

Siempre — dice Galeno — que las condiciones del régimen se mantengan constantes.

XXI — El vino puro calma el hambre.

XXII — Las enfermedades provocadas por la replección, necesitarán de la deplección para curar. Para esto — y en todos los casos — deben aplicarse siempre los medios y las acciones contrarias.

A este principio clásico de curar con las oposiciones, sucedió en el siglo XVI el nuevo y revolucionario principio de curar con las semejanzas, uno de cuyos más ardientes defensores fué Paracelso.

XXIII — Las enfermedades agudas evolucionan en dos semanas.

XXIV — El cuarto día es indicador del séptimo; el octavo es el primero del segundo septenario y en él — en este segundo septenario — el día onceavo debe ser especialmente considerado, por ser el cuarto de la segunda semana. Cuando la enfermedad se prolonga, consideraremos días críticos al décimoséptimo, por ser el cuarto después del décimocuarto, y también el décimoctavo.

Hipócrates acostumbraba a llamar días indicadores o teoréticos, a aquellos durante los cuales solían manifestarse las crisis (Galeno).

XXV — Las fiebres cuartanas del estío son generalmente de poca duración; en cambio las del otoño y, especialmente, las que se declaran ya en las inmediaciones del invierno, se prolongan mucho más.

XXVI — Es preferible que la fiebre venga luego de un espasmo y no que el espasmo suceda cuando ya existe la fiebre.

XXVII — Ni las mejorías ni los empeoramientos que sobrevengan fuera de las normas evolutivas naturales deben alegrarnos o inquietarnos demasiado, pues general-

mente se trata de fenómenos e incidencias inestables, que no suelen durar ni persistir.

XXVIII — Cuando durante una fiebre no demasiado ligera, el cuerpo conserva su peso normal, o bien adelgaza excesivamente, nos hallamos ante un mal pronóstico. En el primer caso porque indica que la enfermedad va a ser de larga duración. Y en el segundo porque demuestra un estado de debilidad.

XXIX — Al principio de las enfermedades — y si así se juzga conveniente — podrá promoverse cualquier movimiento. Pero cuando la enfermedad está en su apogeo, es mejor abstenerse y dejar todo en reposo.

XXX — Lo que hemos dicho en el aforismo anterior se explica porque al principio y al fin de las enfermedades, todo es débil. En cambio, en pleno período de estado, todo es muy fuerte.

XXXI — Cuando hacia el fin de una enfermedad, el cuerpo no recupera peso por más que se coma bien, ello constituye un signo desfavorable.

XXXII — Los que, no bien convalecientes todavía, empiezan a comer sin obtener provecho, acaban generalmente por perder el apetito. Cuando, en cambio, ese apetito, escaso al principio, va aumentando regularmente, todo el cuadro tendrá un mejor pronóstico.

Este aforismo, un tanto oscuro, en las interpretaciones de Galeno y Teófilo se refiere a aquellos convalecientes que han retenido en su cuerpo una parte de humores nocivos.

XXXIII — En todas las enfermedades constituye un buen signo conservar lúcida la inteligencia y aceptar voluntariamente los alimentos; siendo un mal signo lo contrario.

XXXIV — Cuando las enfermedades sobrevienen de acuerdo a la naturaleza de los enfermos y a su edad y constitución, así como a la época del año, hay menos peligro que cuando ocurren en desacuerdo con estas circunstancias.

XXXV — Cuando las paredes del abdomen, en el ombligo y en el bajo vientre, conservan su espesor natural,

nos hallamos ante un buen signo. En cambio, el aflojamiento y la emaciación de tales regiones es de mal pronóstico, en cuyos casos deberán evitarse las purgas por abajo.

XXXVI — Las evacuaciones provocadas por los purgantes hacen perder fuerzas y peso, tanto a los que siguen una dieta inconveniente, como a las personas sanas.

Por más que el texto de este aforismo — como el de muchos otros — es anfibológico, parece ser de mayor exactitud clínica aceptar la interpretación indicada en su segunda parte (Galeno y Teófilo).

XXXVII — No es conveniente dar purgantes sin motivo a quienes se encuentran bien de salud.

Es preferible seguir aquí las interpretaciones de Galeno, de Teófilo y demás autores antiguos, mucho más cerca de las ideas de Hipócrates que los comentaristas actuales y que podían, por consiguiente, juzgar con más exactitud el valor de los textos.

XXXVIII — Las bebidas y comidas apetitosas y de sabor agradable, deben ser preferidas, aunque sean de calidad algo inferior, a aquellas otras de primera calidad pero menos agradables al paladar.

XXXIX — Los viejos enferman menos frecuente y fácilmente que los jóvenes. Sin embargo, en ellos, las enfermedades crónicas que los afligen suelen acompañarles hasta la muerte.

XL — Las corizas y bronquitis de las personas de edad, no llegan a la cocción.

XLI — Los que sufren frecuentes, completos e injustificados desfallecimientos, están amenazados de muerte repentina.

XLII — Resolver una apoplejía ligera es difícil. Resolver una apoplejía fuerte es imposible.

XLIII — Los condenados descolgados de la horca sin estar muertos del todo, no podrán sin embargo revivir si tienen ya espuma en la boca.

XLIV — Los que son gordos por naturaleza están más expuestos a morir súbitamente que las personas delgadas.

XLV — Los cambios de lugar y costumbres, así como el tránsito de la adolescencia, pueden llegar a curar a los epilépticos jóvenes.

XLVI — Cuando dos enfermedades distintas sobrevienen a la vez, hay una, la de mayor fuerza, que acaba dominando, absorbiendo y haciendo desaparecer a la más débil.

XLVII — Cuando el pus se está formando hay más dolor que cuando la supuración ha llegado a establecerse.

XLVIII — Cuando como consecuencia de los movimientos del cuerpo se empieza a sentir fatiga, el descanso, tomado en ese momento, hace recuperar las fuerzas rápidamente.

XLIX — Los que están acostumbrados a un trabajo determinado, soportan mucho mejor la fatiga que ese trabajo produce, que aquellos otros, más jóvenes o fuertes, no familiarizados con él.

L — Las costumbres establecidas desde largo tiempo, son siempre menos perjudiciales que las cosas nuevas, desconocidas o imprevistas. Lo que nos indica que es buena regla cambiar de vez en cuando los hábitos de vida.

Galeno dice que seguramente Hipócrates, en este aforismo, ha querido indicar la conveniencia de realizar de vez en cuando cosas imprevistas; así los cambios que puedan sobrevenir encontrarán al organismo dotado de la suficiente capacidad y agilidad de reacción, lo que dará una mayor fuerza a la resistencia del organismo. Familiarizarse con algo, aunque normalmente no se practique, procura al menos un conocimiento y una experiencia siempre útiles.

LI — Evacuar o rellenarse, calentarse o enfriarse mucho y súbitamente, así como poner al cuerpo en movimiento de una u otra manera, es siempre peligroso, ya que todo lo excesivo es contrario a la naturaleza. En cambio, hacerlo poco a poco, sobre todo en las cosas habituales, no reporta ningún inconveniente.

LII — Cuando después de haber actuado de una manera racional no obtenemos los resultados esperados, debemos mantenernos en la conducta seguida al principio y no pasar sin más a otra cosa, siempre que el motivo, o sea la indicación, subsista también.

Este aforismo, uno de los de más significado filosófico, enseña que debe saberse esperar, que las reacciones del organismo y de la naturaleza son lentas y que hay que saber observar con serenidad, sin alocamientos ni pruebas injustificadas. No es un pensamiento pesimista, pero sí fatalista, y en todo caso, en otro orden de ideas, acaso plantea un principio terapéutico, sólo enunciado y definido muchos siglos más tarde: el de las dosis insuficientes y el de las dosis eficaces de los remedios.

LIII — Los que de jóvenes poseen las cavidades húmedas, se reponen mejor de las enfermedades que si las tienen secas. Esos mismos individuos, en cambio, al envejecer, se recuperan peor, ya que con la vejez el vientre tiende a secarse.

LIV — Una estatura elevada y noble está bien para los jóvenes. En cambio, en los viejos resulta incómoda; en ellos, en efecto, es más ventajoso poseer un tamaño reducido.

El sofista Gesius, comentando este aforismo ante sus discípulos, decía: “Lo que afirma Hipócrates es muy cierto y si queréis comprobarlo no tenéis más que mirarme”. Gesius, en efecto, que de joven fué de elevada talla y noble apostura, estaba completamente curvado y disminuído en la vejez (Étienne).

LIBRO TERCERO

I— Los cambios de estación y, dentro de ellas, las variaciones de frío, calor, humedad, etc., son causas principales de enfermedad.

II— Unos seres se hallan espontáneamente mejor en verano y otros en invierno.

III— Las enfermedades, como la edad de las personas, son sensibles a los cambios de estación, a las distintas regiones y a los diversos regímenes.

IV— Cuando durante el mismo día se producen cambios de frío a calor o viceversa, habrá de temerse la aparición de enfermedades de tipo otoñal.

En el tratado “Sobre los humores” (pág. 12) aparece esta misma proposición, más desarrollada: los países de clima anormal, engendran las mismas enfermedades que corresponderían a la

anormalidad manifestada; es decir, que las irregularidades de frío y de calor en la misma jornada, favorecen y producen las enfermedades otoñales. Otro tanto puede decirse de las demás estaciones.

V — El viento Sur embota el oído, enturbia la vista y da pesadez de cabeza, llenando al cuerpo de torpeza y de debilidad; cuando domina este viento todas las enfermedades experimentarán los mismos trastornos. El viento Norte provoca tos, dolores de garganta, sequedad de vientre, disuria, horripilación y dolores de costado y en el pecho; y también cuando domine, las enfermedades presentarán esas peculiaridades y complicaciones.

VI — Cuando el verano se parezca a la primavera, las fiebres irán acompañadas de profusos sudores.

VII — Las fiebres agudas son propias de los tiempos de sequía. Cuando la sequía persiste durante una gran parte del año, se produce un estado constitucional, en el que esas fiebres se producen con gran facilidad.

VIII — En las estaciones bien constituidas, donde cada cosa llega a su tiempo, las enfermedades siguen un curso

regular y pueden ser juzgadas fácilmente. Todo lo contrario ocurre en las estaciones irregulares.

IX — El otoño es la estación durante la cual las enfermedades son más agudas y mortíferas. La primavera, en cambio, es la estación más salubre y de más reducida mortalidad.

X — El otoño es particularmente nocivo para los tísicos.

XI — Referente a las estaciones debemos decir que cuando los inviernos son secos y boreales y las primaveras lluviosas y australes, abundarán en el verano las fiebres agudas, las oftalmías y las disenterías, sobre todo en las mujeres, aunque también en los hombres, especialmente en los de constitución húmeda.

XII — Cuando los inviernos son australes, lluviosos y calmos, y las primaveras secas y boreales, las mujeres que deberían parir en primavera, abortan por la menor cosa y, si llegan a dar a luz, producen niños débiles y enfermizos, de alta y precoz mortalidad y de vida precaria y ra-

quítica. En los adultos, abundan en cambio las oftalmías secas y las disenterías. Y los viejos están especialmente expuestos a morir de catarros y enfriamientos.

XIII — Cuando los veranos son secos y boreales y los otoños lluviosos y australes, el invierno traerá frecuentes cefalalgias, dolores de garganta, corizas, tos y, en ciertos individuos, la tisis.

XIV — Los otoños boreales y sin lluvias son buenos para las mujeres y para los hombres de constitución húmeda; los demás individuos padecerán fiebres agudas, oftalmías, corizas y, algunos, melancolías.

XV — Respecto al conjunto de las estaciones del año, diremos que las secas son más sanas y menos mortíferas que las húmedas.

XVI — Las enfermedades más comunes de las constituciones húmedas son: las fiebres de curso prolongado, los flujos de vientre, las podredumbres, epilepsias, apoplejías y esquinancias. Las constituciones secas sufren preferentemente, en cambio, de tisis, oftalmías, artritis, espasmos vesicales y disentería.

Según Galeno habría que decir "oftalmías con tisis", es decir, con ulceraciones destructivas. Caso de separar estas dos palabras, propone añadir el calificativo de "secas", como en el aforismo XII. Los espasmos vesicales han sido llamados por Teófilo "disuria con horripilación".

XVII — Las condiciones boreales del día proporcionan densidad al cuerpo, tono, agilidad y buen color, afinan el oído y secan el vientre, pero en cambio irritan los ojos y aumentan los dolores de costado preexistentes. Las constituciones australes relajan y humedecen el cuerpo, dan pesadez a la cabeza y dureza al oído, provocan vértigos, humedecen el vientre y determinan en los movimientos de los ojos y de todo el cuerpo una gran debilidad.

XVIII — El final de la primavera y el comienzo del verano son los momentos mejores para la salud de los niños y de los jóvenes. El verano y el principio del otoño favorecen en cambio a los viejos; el resto del otoño, el invierno y el principio de la primavera, a las demás personas.

XIX — Todas las enfermedades pueden sobrevenir en cada una de las estaciones; lo que ocurre es que algunas de ellas se originan o exasperan más frecuentemente en unas que en otras.

Hipócrates expresa en esta doctrina un concepto más humoral: "Sabed en qué estaciones se producen las eflorescencias de los humores, qué enfermedades se engendran y qué síntomas produce cada una" ("Sobre los humores").

XX — Son propias de la primavera: las manías, melancolías, epilepsias, los flujos de sangre, las esquinancias, las corizas, resfríos, tos, la lepra, los líquenes, la farinosis del dartos, los exantemas ulcerosos múltiples, los abscesos y las artritis.

XXI — En el verano se observan algunas de las anteriores enfermedades, y además las siguientes: fiebres continuas, causalgias, tercianas — en gran número —, vómitos, diarreas, oftalmías, dolores del oído, ulceraciones de la boca, eczemas de las partes genitales e hidroas.

Galeno dice que los "idroa" son ulceraciones superficiales que dejan la piel rugosa y que son debidas a las sudoraciones profusas.

XXII — El otoño tiene las mismas enfermedades del verano y además: las fiebres cuartanas e intercurrentes, las enfermedades del bazo, fiebres erráticas, hidropesías, tisis,

estrangurias, lienterías, disenterías, coxalgias, esquinancias, asma, íleos, epilepsias, manías y melancolías.

XXIII — El invierno da las pleuresías, perineumonías, corizas, catarros, tos, dolores del pecho y del costado, enfermedades renales, cefalalgias, vértigos y apoplejías.

XXIV — En cuanto a las diversas edades, las enfermedades particulares de los recién nacidos y de los niños pequeños, son: las aftas, los vómitos, la tos, los insomnios, los temblores nocturnos durante el sueño, los flemones del ombligo y los derrames de oídos.

XXV — En la época de la dentición aparecen los dolores de las encías, fiebres, espasmos y diarreas, especialmente en el momento de brotar los caninos, en los muy gordos y en los que van mal de vientre.

XXVI — En los individuos de más edad se observan: las enfermedades de las amígdalas, las luxaciones de las vértebras del cuello hacia adelante, el asma, los cálculos, las lombrices y ascárides, los tumores pediculados, la sá-tiriasis, los abscesos escrofulosos y otros tumores.

XXVII — En las proximidades de la pubertad, además de las enfermedades referidas, empezaremos a observar las fiebres crónicas y los derrames de sangre por la nariz.

XXVIII — La mayoría de las enfermedades de larga duración de los niños, se resuelven en cuarenta días. Algunas, sin embargo, duran hasta siete meses, y otras siete años, habiendo otras, en fin, que se prolongan hasta la pubertad. Las enfermedades que persisten todo este tiempo y que no desaparecen con la pubertad, se hacen crónicas y perduran en tal estado.

XXIX — Son propias de los jóvenes: la tisis, la aparición de sangre en la saliva, las fiebres agudas, epilépticas y otras de este tipo.

XXX — El asma, las pleuresías, perineumonías, los letargos, frenitis, causalgias, diarreas crónicas, cólera, disenterías, lienterías y hemorroides, son propias de las personas adultas.

XXXI — En los viejos, finalmente, veremos: las disneas, los catarros con tos, las estrangurias y disurias, los dolores articulares y de los riñones, los vértigos, apoplejías, caquexias, picores, pruritos e insomnios, los flujos del vientre, derrames oculares y nasales, ambliopías, glaucomas y las disminuciones y pérdidas de la agudeza auditiva.

LIBRO CUARTO

I — Debéis purgar a las embarazadas que sufran de orgasmo, pero sólo entre el cuarto y el séptimo mes, y sólo excepcionalmente después de esa fecha, ya que es necesario observar todo género de precauciones para que la vida del feto no se perturbe.

II — En las antedichas circunstancias, estará bien que las purgas eliminen aquellas materias de cuya expulsión puede resultar un alivio del estado general. Las purgas que no tengan ese carácter deben proscribirse.

III — Cuando las materias nocivas son expulsadas, sus evacuaciones resultan ventajosas y se soportan bien. No así en caso contrario.

Galeno cree que este aforismo ha sido cambiado de lugar y que realmente correspondería al Ií o al XXV del Libro Primero. También cabría agregarlo, dado su contenido estricto, al final del aforismo anterior de esta sección.

IV — En verano conviene purgar por arriba y en invierno por abajo.

V — Los purgantes son siempre perjudiciales antes y durante la canícula.

VI — Los individuos delgados y los que vomitan con facilidad, deben purgarse por arriba, evitando hacerlo durante el invierno.

VII — Los bien nutridos y los que vomitan difícilmente, deben purgarse por abajo, evitando hacerlo en verano.

VIII — Los tísicos no deben ser purgados por arriba.

IX — Los melancólicos se benefician de las purgas por abajo e inversamente los de opuesto temperamento.

Hipócrates llama melancólicos o atrabiliarios a aquellos que presentan en sus vías inferiores un predominio de bilis negra, la cual debe ser expulsada por el lugar más conveniente, es decir, por abajo. Inversamente, todos aquellos cuyos humores tiendan a subir, deben purgarse por arriba.

X — En las enfermedades agudas con orgasmo, conviene purgar prontamente; toda contempORIZACIÓN en estas circunstancias puede ser peligrosa.

XI — Aquellos que padecen de retortijones o de dolores en las regiones del ombligo o de los lomos, cuyas molestias no ceden a los purgantes ni a los demás remedios, caen en hidropesía seca.

XII — No se deben dar purgas en invierno a los que padecen de lentería.

XIII — Cuando haya que recurrir al eléboro para purgar a aquellos a los que otros purgantes menos enérgicos no hayan hecho el efecto deseado, conviene someterlos previamente a una alimentación adecuada, proveerlos de agua y hacerles guardar reposo.

XIV — Cuando se ha tomado eléboro, conviene estar en movimiento y no abandonarse al sueño o al reposo: la navegación prueba, en efecto, que los movimientos perturbaban el cuerpo.

XV — Si queréis que el eléboro actúe más intensamente, haced mover al enfermo. Y si, por el contrario, queréis inhibir su acción, dejadlo que duerma y que descanse.

XVI — El eléboro es peligroso para las personas de carnes sanas, dada su propiedad de provocar espasmos.

XVII — Los que sin tener fiebre presentan sensación de malestar, espasmos del corazón, vértigos tenebrosos y amargor de boca, deben ser purgados por arriba.

XVIII — Cuando los dolores tratables por medio de purgantes asientan por arriba del diafragma, indican que hay que purgar por arriba. Y por abajo cuando se hallen localizados por debajo del diafragma.

XIX — Aquellos que soporten sin trastornos la acción de los purgantes, deben ser purgados hasta tanto se presente la sensación de sed.

XX — Cuando sobrevienen retortijones de vientre, pesadez en las rodillas y dolores en la región lumbar, hay

indicación de purgar y hacer evacuar por abajo, aunque no haya fiebre.

XXI — Las deyecciones negras, como sangre oscura, son siempre de muy mal pronóstico cuando se producen espontáneamente y aunque no haya fiebre. A medida que el color empeora, empeora también la calidad de las heces. Cuando todo se debe a la acción de un purgante, el pronóstico es mejor, en cuyo caso los colores de las heces pierden su valor pronóstico.

XXII — Las enfermedades en cuyo curso se presenta un flujo de bilis negra por arriba o por abajo, deben esperar un desenlace fatal.

XXIII — Los que, agotados por una enfermedad aguda o crónica, por una herida o por cualquier otra causa, presentan un flujo de bilis negra o de materias de este color de sangre corrompida, mueren a las veinticuatro horas.

XXIV — Los casos de disentería con derrames de bilis negra, son mortales.

XXV — Expulsar sangre por arriba, cualquiera que sea su aspecto, constituye un mal signo. En cambio expulsarla por abajo resulta favorable.

Cuando Galeno dice: "cualquiera sea el aspecto de la sangre", se refiere a que puede ser homogénea, espumosa, roja, amarilla, negra, flúida o espesa.

XXVI — La expulsión de materias semejantes a tiras de carne en el curso de una disentería, constituye un signo de muerte.

XXVII — Los que tienen hemorragias y fiebre al mismo tiempo, sea cualquiera el lugar por donde se produzcan dichas hemorragias, presentan relajación del vientre durante su convalecencia.

XXVIII — La sordera que presentan algunos enfermos que emiten deyecciones biliosas, hace cesar dichas deyecciones. Y las deyecciones biliosas, a su vez, curan las sorderas en los enfermos que presentan ambos procesos.

XXIX — La curación de las fiebres que presentan escafofríos al sexto día, es difícil y laboriosa.

XXX — La repetición de los paroxismos a la misma hora, en días sucesivos, da crisis anormales y complicadas.

Galeno da dos interpretaciones de este aforismo: o bien el acceso se repite a la misma hora, pero sin acabar necesariamente a la misma hora, o bien comienza al día siguiente, a la hora en que acabó el acceso de la víspera.

XXXI — La sensación de laxitud después de las fiebres, indica la formación de depósitos en las articulaciones y alrededor de los maxilares.

Esta teoría de los depósitos está íntimamente ligada a la de las crisis. Según ella, cuando la materia morbífica no halla una salida conveniente, la naturaleza la lleva y fija en determinados puntos. El depósito, pues, no es un absceso, manifestándose tanto en forma de inflamación exterior, como la erisipela, como de tumefacción articular o de gangrena parcelar. Ello permite hacer la distinción, borrosa a primera vista pero exacta clínicamente, de aquellas enfermedades en las que el depósito puede no tener que ver con la solución de la enfermedad. En el siglo XVI Paracelso recogería estas ideas para componer uno de sus más notables escritos: "El tratado de las enfermedades que se producen por el tártaro".

XXXII — Los convalecientes forman sus depósitos en las partes que han quedado doloridas.

XXXIII — Igualmente, cuando antes de manifestarse la enfermedad, había ya una parte que dolía, allí se formarán los depósitos.

Estos aforismos, especialmente comentados por Teófilo, expresan que la crisis elegirá expresarse en los depósitos, siempre que éstos hayan aparecido en el curso de la enfermedad. Galeno dice que los tres aforismos anteriores tienen un sentido coincidente, consistente en expresar que los depósitos se hacen en aquellas partes que antes o durante la enfermedad realizan un trabajo interno.

XXXIV — Los enfermos febriles que presentan sofocación, sin que haya ningún tumor en la faringe, morirán seguramente.

XXXV — Los enfermos febriles a los que se les tuerce el cuello o en los que se presentan dificultades a la deglución, no debido a la presencia de ningún tumor, mueren seguramente.

XXXVI — Los sudores en los febricitantes son de buen pronóstico, siempre que comiencen el tercero, quinto, séptimo, noveno, undécimo, catorceavo, décimoséptimo, vigésimoprimer, vigésimoséptimo, trigésimoprimer o tri-

gésimocuarto día, pues estos sudores yugulan las enfermedades. Cuando no es así, anuncian en cambio sufrimientos especiales, prolongación de la enfermedad y recaídas de la misma.

XXXVII — Los sudores fríos presagian la muerte en las enfermedades febriles agudas, o la prolongación de las mismas, en casos de fiebre menos intensa.

XXXVIII — La localización del sudor indica el sitio de la enfermedad.

XXXIX — El lugar donde se manifiesta el frío o el calor sirve para señalar el sitio de la enfermedad.

XL — Los cambios de color o de temperatura en el cuerpo indican que la enfermedad será larga.

XLI — Los sudores abundantes durante el sueño indican, cuando no hay ninguna causa aparente, que se han ingerido demasiados alimentos. Pero si el cuerpo se encuentra en ayunas, indicarán la conveniencia de promover

una evacuación, ya que de todos modos ha debido haber anteriormente un exceso alimenticio.

XLII — Los sudores abundantes y continuos, sean fríos o calientes, anuncian enfermedades prolongadas, especialmente los fríos.

XLIII — Las fiebres que no remiten y que redoblan su intensidad cada tres días, son muy peligrosas. En cambio, las que remiten, son favorables.

XLIV — Las fiebres de curso prolongado promueven la formación de tumores y abscesos en las articulaciones.

No cabe duda que Hipócrates se refiere aquí a las tuberculosis hoy llamadas quirúrgicas.

XLV — Los que padecen fiebres prolongadas, con tumores o abscesos en las articulaciones, toman una alimentación abundante.

Quiere decir que “deben” tomar una alimentación abundante.

XLVI — Los escalofríos de repetición en una fiebre sin remitencia y en un enfermo debilitado, son mortales.

XLVII — La expectoración lívida, sanguinolenta, fétida o biliosa, en el curso de la fiebre, es de mal pronóstico. Este pronóstico mejora sin embargo si esa expectoración se realiza con facilidad; lo que también puede aplicarse a las deyecciones sin color y a las orinas. La falta de evacuaciones convenientes es un mal síntoma.

XLVIII — Las fiebres sin remisiones, que presentan frío en las partes exteriores y calor en las interiores, acompañadas de sed, son mortales.

Se trata indudablemente de la “disociación” peritonítica.

XLIX — Cuando durante las fiebres sin remisiones se presentan desviaciones de los labios, cejas, ojos o nariz, o si el enfermo, ya debilitado, pierde la vista o el oído, sean cualesquiera los demás signos, la muerte está próxima.

L — Cuando en las condiciones expresadas en el aforismo anterior se presenta disnea o delirio, el caso es igualmente mortal.

LI — Los apostemas de las enfermedades febriles, que no se disipan durante las primeras crisis, indican que el curso será prolongado.

LII — En las fiebres y enfermedades, el llanto con causa justificada no tiene importancia; pero sin motivo, es signo de mal pronóstico.

LIII — Cuando durante el curso de una fiebre se observan depósitos de materias viscosas en los dientes, la fiebre irá en aumento.

LIV — La tos seca, irritante e intermitente, que se prolonga en casos de fiebre producida por el "causus", disminuye la sed de los pacientes.

LV — Las fiebres que aparecen como consecuencia de los bubones, son todas de mala naturaleza, a menos que sean efímeras.

LVI — Cuando un febricitante suda sin que la fiebre se atenúe, el pronóstico empeora, la enfermedad se prolonga y la excesiva humedad persiste.

LVII — La aparición de fiebre en los que sufren de espasmos o de tétanos, determina la resolución de estos estados.

LVIII — El escalofrío hace desaparecer el "causus".

LIX — Las fiebres tercianas se resuelven al cabo de siete períodos.

LX — La sordera de algunos febricitantes se cura si se produce una hemorragia por la nariz, o bien si sobrevienen perturbaciones de vientre.

LXI — La fiebre que no desaparece en los días críticos, generalmente recidiva.

LXII — Cuando antes del final del primer septenario de una enfermedad febril aparece la ictericia, el signo es de mal pronóstico, especialmente si se acompaña de deyecciones líquidas albinas.

LXIII — Los escalofríos observados a diario, hacen bajar asimismo la fiebre diariamente.

LXIV — Las fiebres que se hacen ictericas durante los días séptimo, noveno, onceavo o décimocuarto, no son gra-

ves, a menos que se observe dureza en el hipocondrio derecho.

LXV — La sensación de calor ardiente o de espasmos en la boca del estómago, en el curso de fiebres agudas, es de mal pronóstico.

LXVI — También son de mal pronóstico en las fiebres agudas, los espasmos y los dolores intensos en las vísceras abdominales.

LXVII — Los escalofríos y espasmos que aparecen durante el sueño, en los febricitantes, son de mala índole.

LXVIII — Cuando los enfermos febriles experimentan detenciones, interrupciones o quebraduras del ritmo respiratorio, haremos un mal pronóstico, ya que estos síntomas indican la aparición del espasmo.

LXIX — Cuando las orinas espesas, grumosas y escasas de los febricitantes, se hacen abundantes y más tenues, se observa un inmediato alivio, especialmente si ello se manifiesta en las primeras fases de la enfermedad.

LXX — Cuando los febricitantes presentan orinas turbias y cargadas, semejantes a las de las caballerías, tienen o van a tener cefalalgia.

LXXI — Aquellos cuya enfermedad va a hacer crisis favorable el séptimo día, presentan al cuarto una especie de nube roja en las orinas, en tanto que todas las demás excreciones se producen del modo más conveniente.

LXXII — Las orinas transparentes y sin color son siempre funestas: se observan especialmente en los “frenéticos”.

LXXIII — En el curso de las fiebres, cuando los hipocondrios meteorizados dejan percibir sensaciones de borborigmos, acompañados de dolor en los lomos, el vientre se humedece, salvo que todo quede en una expulsión de gases o en una abundante evacuación de orinas.

LXXIV — Cuando hay razones para esperar que se produzcan depósitos en las articulaciones y aparece una abundante emisión de orinas, espesas y blanquecinas, como las que se observan al cuarto día de algunas fiebres, acompañándose a la vez de un sentimiento de laxitud, los depó-

sitos no llegarán a establecerse. Y menos aún si sobreviene además una hemorragia por la nariz.

LXXV — La sangre o el pus en las orinas, indican ulceración de los riñones o de la vejiga.

LXXVI — Los pequeños trozos de materias espesas y carnosas, semejantes a gruesos cabellos, que se emiten a veces en las orinas cargadas, provienen de los riñones.

Se refiere sin duda a los coágulos fibrinosos, consecutivos a una hemorragia renal, moldeados con la forma y calibre de los uréteres.

LXXVII — Los que emiten con las orinas espesas materias furfuráceas, padecen afecciones psoriásicas de la vejiga.

Esta "psoriasis" no debe ser otra cosa que la cistitis crónica, superficial al principio y más profunda luego, acompañada entonces de catarro vesical.

LXXVIII — La aparición de sangre en las orinas, sin que medie razón o motivo alguno aparente, indica la rotura de alguno de los pequeños vasos renales.

LXXIX — La presencia de arenillas en la orina, indica la presencia de piedras en los riñones o en la vejiga.

LXXX — Las orinas con grumos o sangre, el espasmo urinario y los dolores en el periné, en el hipogastrio y en el pubis, indican enfermedad de la vejiga o de sus dependencias.

LXXXI — Las orinas con sangre, pus, o materias furfuráceas, así como las que tienen un olor fétido, indican ulceración de la vejiga.

LXXXII — La ruptura y supuración de los abscesos de la uretra, resuelve la "ischuria".

LXXXIII — Cuando durante la noche se han producido abundantes evacuaciones de orina, las deposiciones al día siguiente serán de escaso volumen.

LIBRO QUINTO

I — La aparición de un espasmo después de tomar eléboro, es mortal.

II — La aparición del espasmo después de cualquier herida o traumatismo, es mortal.

III — El espasmo o el hipo, que se manifiestan después de un abundante flujo de sangre, son de mal pronóstico.

IV — Los espasmos o el hipo, después de purgas excesivas, son de mal pronóstico.

V — Cuando un beodo es presa súbitamente de afonía o de espasmos, morirá, a menos que sobrevenga un acceso de fiebre o que recobre el uso de la palabra, por haber pasado suficiente tiempo para que los vapores del vino empiecen a disiparse.

Esta "afonía" era atribuída por Teófilo a una afección de la laringe. Galeno consideraba en cambio que no era sino manifestación del estado apoplético, explicación sin duda más aceptable y de acuerdo con la clínica.

VI — Los tetánicos mueren al cuarto día; si pasan ese plazo, pueden curar.

VII — (o VI bis, del original griego) La aparición de una fiebre aguda en los enfermos de espasmos o de tétanos, puede resolver la enfermedad.

VIII — Las epilepsias aparecidas antes de la pubertad pueden curar; en cambio las que sobrevienen después, suelen durar ordinariamente toda la vida.

IX — Los pleuríticos que no pueden ser purgados, producen empiema al décimocuarto día.

Teófilo y Damascius interpretan muy justamente lo de "purgados" por "desembarazados de los humores que obstruyen los pulmones, por medio de la expectoración abundante".

X — La tisis se declara, sobre todo, entre los diez y ocho y los treinta y cinco años de edad.

XI — Cuando la esquinancia desaparece, pasa al pulmón, muriendo los enfermos en siete días. Si pasan ese término se harán empiemáticos.

XII — Los tísicos cuyos esputos dan un olor fétido al quemarlos sobre carbones ardiendo, o aquellos a los que se les cae el cabello, morirán. La muerte de estos a los que se les cae el cabello, se producirá al aparecer las diarreas.

XIII — La sangre espumosa en los esputos, proviene del pulmón.

Aun hoy día se dice "vómito de sangre" en estos casos, incorrectamente. Es posible, como piensa Galeno, que esta confusión existiera también en la antigüedad, por lo que Hipócrates creyó oportuno precisar sus características en este irreprochable aforismo.

XIV — La diarrea es un signo mortal en los tísicos.

XV — Los enfermos de empiema por pleuresía, que pueden romper dicho empiema o liberarse de él por me-

dio de una purga, dentro de los primeros cuarenta días, llegan a curar. En caso contrario serán víctimas de la tisis.

XVI — Los que se hallan sometidos a un calor intenso o durante mucho tiempo, tienen las carnes relajadas, débiles los nervios y adormecido el espíritu, y con gran facilidad sufren hemorragias y lipotimias, que pueden llevarlos hasta la muerte.

XVII — El frío es causa de espasmos, tétanos, livideces gangrenosas y escalofríos febriles.

XVIII — El frío es enemigo de los huesos, de los dientes, de los nervios, del encéfalo y de la médula espinal. En cambio el calor les es favorable.

XIX — Las partes enfriadas deben calentarse, excepto si han sido o se ve que van a ser asiento de una hemorragia.

XX — El frío actúa como mordiente de las heridas, endureciendo la piel alrededor, produciendo dolores, suprimiendo la supuración y determinando manchas negras, escalofríos febriles, espasmos y tétanos.

XXI — A pesar de lo dicho en el aforismo anterior, puede ocurrir a veces que cuando el tétano sobreviene sin herida previa, en un hombre joven y robusto, en pleno verano, una efusión abundante de agua fría puede "llamar" el calor, que de este modo combatirá el tétano.

XXII — No todas las heridas supuran con la aplicación de calor. Cuando ello ocurre, es sí, un signo favorable, ya que el calor ablanda la piel, afina los tejidos, calma el dolor, los escalofríos, el espasmo y el tétano, disipa la pesadez de cabeza y es muy útil en las fracturas de los huesos, particularmente las expuestas y las de los huesos del cráneo. Además es conveniente en todos aquellos sitios mortificados o ulcerados por el frío, así como en los herpes terebrantes y en las enfermedades del ano, de los genitales, de la matriz y de la vejiga. En todos estos casos el calor es favorable y favorece la crisis. El frío por el contrario es perjudicial, pues apaga toda vida.

XXIII — El frío deberá aplicarse en las siguientes circunstancias: en casos de hemorragia producida o inminente, pero no sobre el mismo lugar, sino a su alrededor; en los flemones e inflamaciones, cuyo color se hace rojo por el

aflujo de sangre. El frío ennegrece también las inflamaciones antiguas y es bueno para las erisipelas no ulceradas: en cambio no deberá emplearse en las ulceradas.

XXIV — Las cosas frías son enemigas del pecho. La nieve y el hielo, en efecto, provocan tos, hemorragias y catarros.

XXV — Una abundante efusión de agua fría modifica y atenúa los tumores y los dolores articulares sin herida, la gota y las roturas internas, debido al adormecimiento que provoca la baja temperatura.

XXVI — El agua que se calienta y enfría rápidamente, es muy liviana.

XXVII — Cuando se sienten deseos de beber durante la noche, el dormirse en seguida, luego de beber, constituye un buen signo.

XXVIII — Las fumigaciones aromáticas hacen aparecer los menstruos; si no provocasen dolores de cabeza, serían muy útiles en otras diversas circunstancias.

XXIX — Los purgantes que se suministren a las mujeres encintas, serán dados entre los meses 4º y 7º; más tarde deberán suprimirse o considerarse con especial precaución, así como también durante los primeros meses, ya que los fetos muy jóvenes y los casi maduros, son muy sensibles.

XXX — Las enfermedades agudas son mortales para las mujeres encintas.

XXXI — Las mujeres encintas que necesitan ser sangradas, abortan, sobre todo si el feto está ya muy desarrollado.

XXXII — Los vómitos de sangre en las mujeres, cesan si durante ellos se presentan los menstruos.

XXXIII — Las hemorragias por la nariz en las mujeres a las que se les han detenido los menstruos, constituyen el anuncio del retorno de éstos.

XXXIV — La gran relajación del vientre, en una mujer encinta, es anuncio de inminente aborto.

XXXV — Cuando una mujer es presa de accesos histéricos o se halla en el curso de un parto laborioso, resulta ventajoso provocarle un estornudo.

Esta definición de accesos histéricos es un tanto obscura, según Galeno. Para unos, en efecto, se referiría a todas las afecciones de la matriz; otros considerarían real y exclusivamente el histerismo; y otros, en fin, el trabajo de expulsión de la placenta. Como nada se dice aquí sobre esto último — a lo que está dedicado otro aforismo en particular —, difícilmente podría admitirse la eficacia de los estornudos en las úlceras de la matriz y en otras enfermedades profundas del útero. En cambio en la histeria con crisis de sofocación, a lo que sin duda se refiere, los estornudos pueden determinar un alivio.

XXXVI — Cuando los menstruos tienen un color variable, sobreviniendo en distintas épocas y apariencias, indican que es necesario purgar.

XXXVII — Cuando los senos de una embarazada se aflojan súbitamente, va a producirse el aborto.

XXXVIII — Cuando a una embarazada de dos gemelos se le afloja súbitamente una de las mamas, abortará

uno de los fetos; el de varón si es el seno derecho el reblandecido, o el de mujer, si es el izquierdo.

XXXIX — Cuando las mujeres presentan secreción de leche en los senos, aunque no estén embarazadas ni recién paridas, quedarán sin menstruos.

XL — El flujo de sangre por las mamas, en las mujeres, indica la aparición de la “manía”.

Galeno duda de la veracidad de este aforismo; no obstante añade: “Dado que Hipócrates no podía engañarse, quiere decir que somos nosotros los que no hemos podido observar lo que sin duda él vió alguna vez”.

XLI — Para saber si una mujer ha quedado embarazada, debéis administrarle un vaso de hidromiel en el momento de acostarse, sin otra precaución que la de haberla dejado sin cenar. Si después de esto, la mujer presenta dolores y retortijones de vientre, estará embarazada; y no lo estará si no percibe la menor molestia.

XLII — Cuando las mujeres encintas ostentan un buen color, quiere decir que están embarazadas de un niño. Y de una niña, si presentan mal color.

XLIII — La inflamación erisipelatosa en la matriz de una mujer embarazada, es mortal.

XLIV — Las mujeres muy delgadas, abortarán y no podrán llevar adelante sus embarazos, hasta tanto no engorden.

XLV — Cuando una mujer en buen estado de nutrición aborta sistemáticamente dentro de los dos o tres primeros meses, quiere decir que los cotiledones de la matriz se hallan llenos de moco, por lo cual no pueden resistir el peso del feto y se rompen.

Teófilo decía que los cotiledones eran las anastomosis que daban consistencia a las inserciones vasculares de la matriz (“De fab. corp. hum.”), opinión que sostuvo también Praxágoras. Según Galeno, Hipócrates llamaba cotiledones — en el sentido literalmente anatómico que le dieron los antiguos — a los orificios de las venas y arterias que unían el corion a la matriz y no, como algunos sostuvieron, las glándulas carnosas que se desarrollan durante los embarazos. Por otra parte, en el “Libro de las enfermedades de las mujeres” está dicho con perfecta claridad, que: “Cuando los cotiledones se llenan de flema, los menstros se hacen escasos”.

XLVI — Las mujeres demasiado gruesas no pueden concebir porque el epiplón, cargado de grasa, comprime y obstruye el orificio interno de la matriz y no podrán llegar a concebir hasta que adelgacen.

XLVII — Cuando la matriz, inclinada sobre el isquion, supura, debe ser curada aplicándole apósitos y mechas de hilo.

XLVIII — Los fetos masculinos se hallan generalmente colocados a la derecha y los femeninos a la izquierda.

XLIX — El esfuerzo del estornudo, realizado mientras se tienen tapadas la boca y la nariz, hace expulsar la placenta.

L — Para lograr la suspensión de las reglas, bastará con aplicar sobre los senos sendas y amplias ventosas.

LI — Las mujeres encintas, conservan cerrado el orificio del útero.

LII — Cuando las mamas de las mujeres encintas dejan perder mucha leche, el feto se debilitará; las mamas firmes, llenas y continentas, son indicio de un feto saludable.

LIII — Cuando el aborto es inminente, las mamas se aflojan. Pero cuando después de haberse aflojado, vuelven a reafirmarse, se producirán dolores en ellas, o bien en los ojos, en las nalgas o en las rodillas . . . pero en cambio no se producirá el aborto.

LIV — Mientras el orificio de la matriz permanece cerrado, es de consistencia dura.

LV — Cuando las mujeres encintas son presa de la fiebre y su piel se torna abrasadora, sin causa aparente, indica que tendrán un parto difícil y laborioso, o bien que abortarán.

LVI — Los espasmos y las lipotimias después de una pérdida de sangre por la matriz, son malos síntomas.

LVII — La ausencia o exceso de las reglas, es causa de enfermedad, cuyo origen, en el primer caso, hay que buscar en el útero.

LVIII — La inflamación del útero o del recto, así como la supuración de los riñones, determina espasmos de la micción; del mismo modo que el hipo resulta de la inflamación del hígado.

LIX — Cuando queráis saber si una mujer que no ha concebido es fecunda o no, debéis envolverla en una manta y hacerle fumigaciones por abajo. Si el olor de las hierbas llega a atravesar su cuerpo, saliendo por la boca y la nariz, podéis afirmar que la esterilidad no depende de ella.

LX — La aparición de menstros abundantes en una mujer encinta, es incompatible con la salud del feto.

LXI — Cuando sin que medie escalofrío o fiebre, desaparecen los menstros, debéis juzgar que la mujer está embarazada, sobre todo si experimenta además sensaciones de náusea.

LXII — Las mujeres que tienen una matriz fría y densa, no pueden engendrar; así como tampoco las que la tienen muy húmeda — ya que el germen se ahoga en ellas — o bien excesivamente seca y ardiente — donde el germen

se consume y abrasa, por falta de alimentos. Solo las mujeres que presentan una equilibrada mezcla de todas estas propiedades, son aptas para la concepción.

LXIII — En los hombres ocurre algo parecido. Así cuando el flúido vital (pneuma) se escapa fuera del cuerpo, debido a la excesiva rarefacción del mismo, no puede impulsar el semen. En otras ocasiones este líquido no puede salir debido a la densidad del cuerpo, o no puede amasarse en sus reservorios por el excesivo calor o el frío desproporcionado.

LXIV — La leche está contraindicada cuando se sufre de cefalalgia, así como en los febricitantes, en los que tienen los hipocondrios meteorizados y padecen de borborigmos, sufren de fiebres agudas o emiten heces albinas o teñidas de sangre. En cambio será beneficiosa la leche en los tísicos cuya fiebre no sea muy intensa, así como en los estados febriles lentos y prolongados, acompañados de gran consunción y siempre que no coexistan ninguno de los signos mencionados al principio.

LXV — Las heridas que se acompañan de hinchazón, no suelen determinar delirios ni espasmos violentos. Los es-

pasmos y el tétano aparecen cuando la tumefacción desaparece bruscamente y la herida está localizada por detrás. Cuando la herida está por delante, el delirio es particularmente violento y se acompaña de dolores agudos al costado, y empiemas y disentería, cuando la tumefacción es muy rojiza.

LXVI — Las heridas extensas y graves que no dan tumefacción, son de mala naturaleza.

LXVII — Las tumefacciones que llegan a ablandarse por cocci6n, son favorables, en tanto que son de mala índole las crudas o renitentes.

LXVIII — Los que sufren de dolores en el occipucio benefician de la sangría hecha en la “vena preparada”, de la frente.

LXIX — Los escalofríos en las mujeres comienzan generalmente por los lomos, corriéndose luego a lo largo de la espalda hasta la nuca. En los hombres, se inician indistintamente por delante o por detrás, tanto por los codos como por los muslos. La prueba de la rareza de la piel

de los hombres está en la presencia y distribución de los pelos del cuerpo.

LXX — Los que padecen de fiebre cuartana, no suelen sufrir espasmos. Cuando los espasmos han aparecido al principio, la fiebre los hace cesar.

LXXI — Los que tienen una piel dura, tirante y seca, mueren sin sudar. En cambio los que la tienen laxa y blanda, mueren en plena transpiración.

LXXII — Los ictericos no suelen padecer de flato.

LIBRO SEXTO

I— La aparición de eructos ácidos al final de las lienterías crónicas, especialmente si no se observaron al principio, es de buen pronóstico.

II— Los que tienen habitualmente húmeda la nariz y acuoso el esperma, son de naturaleza enfermiza; siendo de buena complexión los que se hallan en opuestas condiciones.

Hipócrates refiere en su tratado "Sobre las enfermedades": "La consunción dorsal proviene de la médula y afecta principalmente a los recién casados y a los libertinos. No obstante la falta de fiebre y la buena alimentación, desmejoran visiblemente. Cuando se les interroga, manifiestan como si miles de hormigas bajaran desde la cabeza, a lo largo del dorso. Cuando orinan o hacen de vientre, pierden abundante esperma líquida, lo mismo que cuando sueñan, estén o no acostados con mujer. Cuando caminan, corren o, sobre todo, cuando montan a caballo, experimentan ahogos,

debilidad, pesadez y silbidos de oídos. Y si llegan, más adelante, a enfermar de fiebre ardiente, mueren de lipiria”.

III — Las sensaciones nauseosas en las disenterías prolongadas, constituyen un mal signo, sobre todo si se acompañan de fiebre.

IV — Cuando alrededor de una úlcera cae el pelo, indica que la misma es de mala naturaleza.

V — En los dolores de costado, del pecho o de cualquier otra parte, es siempre de la mayor importancia precisar si varían de intensidad según las diferentes horas del día.

IV — Cuando alrededor de una úlcera se cae el pelo, indica que la misma es de mala naturaleza.

VII — Cuando los tumores y dolores del vientre son superficiales, ofrecen mejor pronóstico que cuando son profundos.

Galeno señalaba ya que el peritoneo constituye el límite de demarcación entre lo superficial y lo profundo en el vientre.

VIII — Las úlceras que aparecen en el cuerpo de los hidrópicos, curan con gran dificultad.

IX — Cuando los exantemas son muy amplios, no dan mucho prurito.

Alde, Dietz y el llamado Oribasio, opinan que este aforismo debería expresarse de esta otra manera: “Los amplios exantemas que no provocan prurito, son de difícil curación”.

X — Los dolores de cabeza, sean ligeros o intensos, se curan si se produce una pérdida de agua o de sangre por la nariz, la boca o las orejas.

XI — La aparición de hemorroides es de buen pronóstico en los melancólicos y en los nefríticos.

XII — Cuando se procede a curar las hemorroides, conviene dejar una, pues si no puede sobrevenir la tisis o la hidropesía.

XIII — El estornudo hace cesar el hipo.

XIV — Cuando el agua contenida en los vasos sanguíneos de los hidrópicos se derrama en el vientre, sobreviene la curación.

Seguramente se refiere al anasarca, en la que las venas se llenaban de agua — según la opinión de Hipócrates — y que se cura a veces por medio de abundantes deposiciones líquidas albinas.

XV — Las diarreas antiguas y persistentes, se cortan si se produce un vómito espontáneamente.

XVI — La aparición de diarreas en los pleuríticos y perineumónicos, es de mal pronóstico.

XVII — En cambio, las diarreas que aparecen en los que sufren de oftalmía, son de buen pronóstico.

XVIII — Las heridas penetrantes en la vejiga, en el encéfalo, en el corazón, en el diafragma, intestinos delgados, estómago e hígado, son generalmente mortales.

XIX — Cuando los huesos, los cartílagos, los nervios, las mejillas o el prepucio, se dividen, las partes no pueden luego reunirse ni volver a crecer.

Galeno también creía que sólo las carnes podían regenerarse, pero no así los huesos ni los cartílagos. Y por más que examinara numerosos callos de fractura, no hay duda que le faltó la observación de los mismos en las fases iniciales de su formación, cuando todavía son gelatinosos, antes de que se incrusten de fosfatos y de cal.

XX — Los derrames anormales de sangre en cavidades no naturales, acaban fatalmente trasformándose en pus.

XXI — Cuando los neuróticos presentan várices o hemorroides, suelen curar de sus manías.

XXII — Los dolores de los codos y de la espalda, se curan con la sangría.

XXIII — Cuando el temor o la tristeza se prolongan durante largo tiempo, se constituye el estado melancólico.

XXIV — Las heridas de los intestinos delgados, no cicatrizan ni se reúnen más.

XXV — Las erisipelas que pasan del interior al exterior, del cuerpo son favorables. Y de mala índole, las que cursan en sentido contrario.

XXVI — El delirio disipa los temblores del "causus".

XXVII — Cuando se opera a los hidrónicos o a los empiemáticos, ya sea por medio del hierro o del fuego, y la evacuación del pus o del agua se realiza rápida y bruscamente, existe peligro de muerte.

Erasistrato, que estudió las hidropesías con especial detenimiento, era de la misma opinión que Hipócrates.

XXVIII — Los eunucos no se vuelven calvos ni sufren de gota.

Celso decía: "sufren raramente de gota", y Galeno, al comentar este aforismo, decía que en su época, los eunucos llegaron a sufrir de gota, a causa de los excesos de sus comidas, lo que ocurría también, por igual razón, a las mujeres.

XXIX — Las mujeres no padecen de gota hasta que les desaparecen las reglas.

XXX — Los adolescentes — y los niños — no padecen de gota hasta tanto no conocen y usan de los placeres venéreos.

XXXI — El vino puro, los baños, las fomentaciones, las purgas y las sangrías, curan los dolores de los ojos.

XXXII — Las diarreas de los tartamudos suelen ser de larga duración.

XXXIII — Las personas que tienen eructos ácidos, suelen ser refractarias a las pleuresías.

XXXIV — Los calvos no suelen padecer de vórices: cuando esto se produce, vuelve a crecer el pelo.

XXXV — La tos en los hidrónicos es de mal pronóstico.

XXXVI — La disuria se cura por medio de una sangría hecha en las venas profundas.

Galeno interpreta este aforismo — que considera apócrifo — de una manera un poco diferente, diciendo: “La sangría cura a veces la disuria que proviene de la replección sanguínea”, modificando así el sentido absoluto de su enunciado. Hipócrates en efecto, aconsejaba practicar la sangría para los órganos infradiaphragmáticos, en los maleolos o en el hueco poplíteo y no en la flexura del codo, que es lo que aquí se sobreentiende.

XXXVII — La hinchazón del cuello mejora las esquinancias.

XXXVIII — Hay que abstenerse de tratar los cánceres ocultos, ya que estos enfermos mueren antes si se les somete a tratamiento. En cambio, si no se hace nada, pueden vivir más tiempo.

XXXIX — El hipo y los espasmos pueden sobrevenir tanto por plenitud como por vacuidad.

XL — En los dolores de los hipocondrios sin inflamación, la aparición de la fiebre resuelve el dolor.

XLI — Cuando en una parte cualquiera del cuerpo se produce una colección purulenta y ésta no llega a manifestarse al exterior, ello se debe a que el pus o la piel que la cubre son demasiado espesos.

XLII — El endurecimiento del hígado en los ictericos es un signo funesto.

XLIII — Cuando la hidropesía o la lentería complican las disenterías, en las que ya el bazo está hinchado y endurecido, los enfermos mueren fatalmente.

XLIV — Cuando los enfermos de estranguria se complican de íleo, mueren antes de los siete días, a menos que sobrevenga la fiebre, acompañada de una abundante emisión de orinas.

XLV — Las heridas que duran un año o más, acaban provocando fatalmente exfoliaciones en los huesos y cicatrices profundas y adherentes.

XLVI — Aquellos a quienes el asma o la tos determina gibosidades antes de la pubertad, están perdidos.

XLVII — Los purgantes o las sangrías profilácticas, deben ser practicados en primavera.

XLVIII — Los que tienen el bazo hinchado y duro, se benefician de las disenterías, siempre que no sean muy prolongadas.

XLIX — Las afecciones gotosas desaparecen en cuarenta días, después que cesa la flegmasía.

L — Las divisiones profundas del encéfalo provocan fiebre y vómitos de bilis.

Ya la antigua Academia de Cirugía francesa se había ocupado de la correlación de las afecciones hepáticas y de los vómitos de bilis con las heridas de la cabeza; cuestión como se ve muy moderna y muy antigua en la ciencia médica.

LI — Los que en plena salud son atacados de dolores de cabeza y de afonía, mueren en siete días, con respiración estertorosa, a menos que sobrevenga fiebre.

LII — Cuando durante el sueño se vé el blanco del ojo a través de los párpados medio cerrados, sin que haya diarreas ni se hayan administrado purgantes, hay que temer que no se haya producido o esté a punto de producirse la muerte.

LIII — Los delirios de imágenes alegres son menos graves que los de imágenes serias o tristes.

LIV — Los quejidos al respirar, en las enfermedades agudas, son de mal pronóstico.

LV — Las afecciones gotosas y maniáticas se declaran sobre todo en primavera y en otoño.

LVI — Los desplazamientos de la materia pecante en las enfermedades melancólicas son peligrosos, por cuanto anuncian apoplejía en el cuerpo, espasmos, manía o ceguera.

LVII — La apoplejía sobreviene sobre todo entre los cuarenta y los sesenta años.

LVIII — El eiplón que se exterioriza está fatalmente destinado a la putrefacción.

LIX — Cuando la cabeza del femur sale y vuelve a entrar en la cavidad del isquion, a consecuencia de la coxalgia, produce en la articulación abundantes mucosidades.

En este aforismo se comentan los sucesivos acortamientos y alargamientos de la pierna, cuestión aun no resuelta y que mereció la mayor atención de Hipócrates. Este autor atribuyó ya este fenómeno a la hidrartrosis, legitimando su afirmación con repetidas observaciones de autopsias.

LX — Los que en el curso de una coxalgia crónica, experimentan la salida de la cabeza del femur de la cavidad del isquion, sufren la atrofia del miembro correspondiente, a consecuencia de lo cual se establece la claudicación. Todo esto puede tratarse a veces por medio del cauterio.

LIBRO SÉPTIMO

I — El enfriamiento de las extremidades en el curso de las enfermedades agudas, constituye un signo de mal pronóstico.

II — Cuando la carne que cubre un hueso enfermo toma un tinte lívido, hay que hacer un mal pronóstico.

III — Cuando los vómitos llegan a producir hipo o enrojecimiento de los ojos, haremos también un mal pronóstico.

IV — Los sudores que se acompañan de escalofríos, son de mal augurio.

V — Los sudores con escalofríos, suelen ser en cambio de buena naturaleza en la manía, la disentería, la hidropesía y la replección.

VI — Y de mal pronóstico también, especialmente, en las enfermedades crónicas que se acompañan de deposiciones albinas puras o de sensaciones nauseosas.

VII — Cuando el escalofrío y el delirio aparecen consecutivamente a los excesos de bebidas, haremos también un mal pronóstico.

VIII — Las roturas internas de las colecciones purulentas provocan resolución de los miembros, vómitos y desfallecimiento.

IX — Las hemorragias que se complican de delirios o espasmos, son de mala índole.

X — El vómito, el espasmo, el hipo y el delirio, que aparecen en el curso del íleo, son de mal pronóstico.

XI — Cuando una pleuresía se complica de perineumonía, hay que temer las peores consecuencias.

XII — Otro tanto hay que decir cuando la perineumonía se complica con frenitis.

XIII — Cuando en el curso de las quemaduras extensas se presentan convulsiones o tétano, hay que hacer un mal pronóstico.

Teófilo incluye no sólo las quemaduras accidentales indirectas, sino también las insolaciones y las escaras producidas por los cauterios.

XIV — Cuando después de un golpe en la cabeza, se observa estupor o delirio, hay que temer un mal desenlace.

XV — Después de escupir sangre, se suele escupir pus.

XVI — La tisis y los flujos de vientre son complicaciones desfavorables de los esputos purulentos. Más tarde, cuando los esputos se suprimen, los enfermos mueren.

XVII — Las inflamaciones del hígado producen hipo.

XVIII — Los espasmos y delirios producidos por la falta de sueño, son de mal pronóstico.

XIX — Los temblores que sobrevienen después de algunos estados de letargo, son de mal pronóstico.

XX — Las erisipelas malignas provocan la denudación de los huesos, la supuración y la gangrena.

XXI — Cuando las heridas dejan percibir intensas pulsaciones, va a producirse una hemorragia.

XXII — Cuando los dolores de vientre se prolongan mucho llegan a producir supuraciones.

XXIII — La disentería se establece después de la emisión de heces sin mezclar o mal mezcladas.

XXIV — Cuando la rotura de los huesos del cráneo se irradia hacia el interior, aparece el delirio.

XXV — Los espasmos después de los purgantes, suelen ser mortales.

XXVI — El enfriamiento de las extremidades después de violentos dolores de vientre, es de mal pronóstico.

XXVII — La aparición del tenesmo determina el aborto en las mujeres encintas.

XXVIII — Los huesos y cartílagos que se fracturan, o los nervios que se rompen, no se reúnen más.

XXIX — Las diarreas resuelven y curan las leucofleumasías (flebitis).

XXX — Cuando las diarreas producen heces espumosas, la flema proviene de la cabeza.

XXXI — Los sedimentos farináceos en las orinas de los febricitantes, indican que la enfermedad será larga.

XXXII — Las hipóstasis biliosas que se depositan en la superficie de algunas orinas, indican que la enfermedad será aguda.

XXXIII — La falta de homogeneidad en las orinas indica que hay algún grave trastorno en el cuerpo.

XXXIV — Cuando las orinas presentan burbujas en su superficie, quiere decir que existe una enfermedad de los riñones y que ésta será, además, de larga duración.

XXXV — Cuando las orinas presentan derrames y depósitos grasosos conglomerados, quiere decir que existe una enfermedad de los riñones de naturaleza aguda.

XXXVI — Cuando los signos precedentes se observan en los nefríticos, acompañados de dolores superficiales de los músculos raquídeos, hay que esperar la aparición de un absceso externo: o interno, caso de que los dolores sean más profundos.

XXXVII — Los vómitos de sangre que no se acompañan de fiebre, pueden curar; no así cuando la fiebre los acompaña. En cualquier caso deben ser tratados por medio del frío y de los medicamentos estípticos.

XXXVIII — Los catarros de la base del pecho, determinan supuración al cabo de veinte días.

XXXIX — La orina con sangre o grumos, la estranguria, los dolores en el periné y las punzadas en el pubis, indican enfermedad de la vejiga o de sus dependencias.

XL — La melancolía llega a determinar temblores y parálisis de la lengua, con la consiguiente imposibilidad de articular la menor palabra.

XLI — La aparición del hipo, luego de purgas intensas, en personas de edad, constituye un mal signo.

XLII — La fiebre no provocada por la bilis, se resuelve por medio de afusiones de agua caliente sobre la cabeza.

XLIII — Las mujeres no son nunca ambidiestras.

Según algunos antiguos intérpretes, este aforismo quiere decir que el feto femenino no se aloja nunca a la derecha de la

matriz. Otros creen que se refiere a los hermafroditas, de los que los machos podían presentar partes de mujer, en tanto que las mujeres, en cambio, no tenían nunca atributos externos masculinos. En todo caso este aforismo, tomado literalmente, es falso.

XLIV — Cuando los empiemáticos se operan, ya sea por el hierro o por el fuego, curarán si el pus que sale es blanco y puro: y morirán si dicho pus aparece sanguinolento, fétido o mezclado de sedimentos.

XLV — Cuando abrimos con el cauterio una colección purulenta del hígado y el pus aparece blanco y puro, indica que la colección está bien enquistada; en cambio cuando el pus tiene el aspecto de borra de aceite de olivas, el caso se hace de mal pronóstico.

XLVI — Cuando duelen los ojos, se debe dar a beber vino puro, administrar baños calientes a todo el cuerpo y proceder finalmente a una sangría.

XLVII — Cuando los hidrónicos empiezan a toser, su pronóstico empeora.

XLVIII — El vino puro y la sangría de las venas internas, curan la disuria y la estranguria.

XLIX — La aparición de tumefacciones rojas en el pecho de los que sufren de esquinancia, es de buen pronóstico, ya que indica que la lesión tiene tendencia a exteriorizarse.

L — Los esfacelos del cerebro matan en tres días; pasado ese plazo, pueden curar.

LI — Los estornudos se producen en la cabeza: su mecanismo se explica porque estando la cabeza vacía, el cerebro, que estaba caliente, se humedece; con lo que el aire que contiene, escapa hacia afuera, haciendo ese ruido a causa de la estrechez de sus orificios de salida.

LII — Cuando aparece la fiebre en los que sufren de dolores en la región del hígado, los dolores desaparecen.

LIII — Las sangrías deben hacerse en primavera.

LIV — Cuando la flema encerrada entre el diafragma y el estómago, no puede salir a ninguna de ambas cavidades, a causa del dolor intenso que provoca, puede curarse si consigue pasar a las venas y por ellas llegar a la vejiga.

LV — Cuando el hígado está lleno de agua y se rompe dentro del epiplón, todo el vientre se llena de líquido y los enfermos mueren.

Referencia muy precisa a la ruptura de un quiste hidatídico.

LVI — El vino mezclado con agua a partes iguales, disipa la ansiedad, los bostezos y el escalofrío.

LVII — La supuración y la ruptura de los abscesos de la uretra, resuelven el dolor.

LVIII — La conmoción del cerebro, sea cualquiera la causa que la ha producido, determina fatalmente una afonía inmediata.

LIX — Debe hacerse pasar hambre a los que tienen las carnes húmedas, ya que el hambre deseca el cuerpo.

LX — Cuando se presenta sofocación o la deglución se hace imposible, en individuos con fiebre, que no presentan ninguna tumefacción en la faringe, el pronóstico es fatal.

LXI — Cuando un enfermo febril dobla bruscamente el cuello y deja de deglutir, no habiendo tumor alguno en el cuello, va a morir seguramente.

LXII — Los cambios del cuerpo, ya sean en el color o en la temperatura, indican que la enfermedad será larga.

LXIII — Los sudores abundantes y continuos, ya sean calientes o fríos, indican un exceso de humedad, en cuyo caso conviene favorecer su salida; por arriba en los sujetos fuertes y por abajo en los débiles.

LXIV — Las fiebres continuas, que se exacerban cada tres días, son muy peligrosas; las intermitencias son signo, en cualquier caso, de mejor pronóstico.

LXV — Los que padecen de fiebres por largo tiempo acaban sufriendo tumores o dolores articulares.

LXVI — Los enfermos que se encuentran en el caso anteriormente referido, toman siempre demasiados alimentos.

LXVII — Si dais la misma comida a un febricitante y a un hombre sano, perjudicaréis al primero y beneficiaréis al segundo.

LXVIII — Conviene siempre examinar las orinas y ver si tienen el aspecto que presentan en las personas sanas, en cuyo caso la enfermedad no puede ser grave, o bien si son muy distintas, lo que es de peor pronóstico.

LXIX — Cuando las heces, dejadas en reposo, forman pequeñas cantidades de sedimento semejante a virutas (dejadas en reposo en agua?-), la enfermedad carece de importancia. Cuando el sedimento es más abundante, el pronóstico es peor, en cuyo caso conviene purgar, teniendo cuidado de no administrar caldos ni hervidos de ninguna clase, que en estas condiciones resultan nocivos.

LXX — Las deyecciones crudas y albinas proceden de la bilis negra; si esta bilis es abundante, la enfermedad es importante: y leve si la bilis existe en pequeña cantidad.

LXXI — Los esputos lívidos, sanguinolentos, biliosos o fétidos, son siempre de mala índole en las enfermedades febriles. No obstante, el hecho de que se expulsan bien es un signo favorable. Por su parte, cuando las evacuaciones, sean de la vejiga o del intestino, se detienen antes de ser purgadas del todo, el pronóstico se ensombrece.

LXXII — Cuando se va a purgar, hay que poner las vías expeditas; esto se consigue, en las superiores, secando el vientre, y en las inferiores, humedeciéndolo.

LXXIII — Tanto el sueño como el insomnio prolongado, conducen a la enfermedad.

LXXIV — Cuando en las fiebres que no remiten, el exterior está frío y el interior caliente, el caso es mortal.

LXXV — Cuando durante una fiebre sin remisiones, el labio, la nariz, el ojo o la ceja, se desvían . . . o si el enfermo, debilitado, pierde la vista o el oído, la muerte es inminente.

LXXVI — La leucoflegmasía (flebitis -?-) deriva frecuentemente en hidropesía.

Galeno interpreta así: "Aquellos cuyos vasos o cuyo cuerpo tienen exceso de flema, caen en hidropesía leuco-flegmática".

LXXVII — La disentería aparece después de la diarrea.

LXXVIII — La lientería sucede a la disentería.

LXXIX — Cuando el hueso se esfacela y necrosa, acaba eliminándose.

LXXX — Los vómitos de sangre producen corrupción y expectoración purulenta. La consunción hace bajar un flujo de la cabeza. El flujo determina diarrea. Con la diarrea se suprimen los esputos. Y después de la supresión de los esputos, llega la muerte.

LXXXI — Cuanto más normales son las evacuaciones de la vejiga y del recto, así como las excreciones de las carnes del cuerpo, las enfermedades son más benignas. Ha-

ciéndose progresivamente más malignas a medida que el aspecto de estas cosas se separa más del estado natural.

LXXXII — Los que se hacen frenéticos antes de los cuarenta años, curan difícilmente. Siempre hay menos peligro cuando las enfermedades están de acuerdo con la naturaleza y la edad.

LXXXIII — Cuando un enfermo llora con motivo, se beneficia. En cambio es de mal pronóstico que llore sin motivo.

LXXXIV — Los flujos de sangre, en los que padecen de fiebres cuartanas, son funestos.

LXXXV — Los sudores fuertes, rápidos, muy fríos y abundantes que caen a gotas compactas o a chorros de la frente, durante los días de crisis, son muy peligrosos, ya que en estas condiciones necesitan consumir una gran cantidad de fuerza, de trabajo, de presión y de energía.

LXXXVI — Los flujos de vientre, que sobrevienen durante las enfermedades crónicas, son de mal pronóstico.

LXXXVII — El hierro cura lo que los remedios son incapaces de curar. Y el fuego cura lo que no alcanza a curar el hierro. Lo que no se cura con remedios, con el hierro ni con el fuego, debe considerarse como incurable.

LXXXVIII — Las tisis se desarrollan sobre todo entre los diez y ocho y los treinta años de edad.

F I N

Í N D I C E

	<u>Pág.</u>
Introducción	9
Libro Iº	45
Libro IIº	60
Libro IIIº	76
Libro IVº	88
Libro Vº	108
Libro VIº	126
Libro VIIº	140

Este libro se terminó de imprimir el 20 de julio de 1945, en los Talleres Gráficos de Macagno, Landa y Cía. (S.R.L.), Aráoz 162-64, Buenos Aires

